

LA REVISTA BLANCA

SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y ARTE

AÑO III.—NÚM. 56.

ADMINISTRACION:
CRISTÓBAL BORDÍU, 1.—MADRID

15 de Octubre 1900

SUMARIO

SOCIOLOGÍA: *La evolución de la Filosofía en España*, por Federico Urales.—*La igualdad social*, por Donato Luben.—*La anarquía: su fin y sus medios*, por Juan Grave.
CIENCIA Y ARTE: *La herencia psicológica*, por Ch. Ribort.—*Crónica científica*, por Tarrida del Marmol.—*París*, por Emilio Zola.
SECCION LIBRE: *¡La huelga!*, por Pablo Delesalle.—*Bosquejos*, por Sebastián Gomila.
TRIBUNA DEL OBRERO: *Prostitución de la mujer*, por J. S. Pról.

SOCIOLOGÍA

LA EVOLUCIÓN DE LA FILOSOFÍA EN ESPAÑA

(CONTINUACIÓN DEL TERCER ARTÍCULO)

A la muerte de Sócrates sus discípulos se dividen y se combaten. Cada uno interpreta las ideas del maestro conforme su particular modo de ser, y todos pretenden representar la continuación ortodoxa.

Unos, como Atistenes y Diógenes de Sinope, extreman las ideas de Sócrates en sentido naturalista, llegando á negar la ciencia y la moral, y afirmando la vida tal y como nos la deja sentir la propia naturaleza. Otros, como Aristipo de Cirene, las interpretan en sentido materialista, deduciendo de las palabras de Sócrates de que el destino del hombre es la felicidad, que ante todo debemos procurarnos, el placer y el goce físico. Los demás, como, por ejemplo, Platón, dieron á las doctrinas de Sócrates una interpretación en exceso metafísica y espiritualista. En nuestro entender, nadie supo interpretar fielmente las ideas de Sócrates, porque nadie tenía su temperamento, ni su carácter, ni sus costumbres, y, por consiguiente, no podía tener sus pensamientos. Otra cosa hubiera sucedido si las ideas se hubiesen basado en las necesidades, no en las ideas mismas. Sócrates, ni era tan naturalista como Diógenes, ni tan materialista como Aristipo, ni tan espiritualista como Platón. Para que se le contase entre los primeros, faltaba que Sócrates hiciera de su filosofía una práctica social, un sistema de vida; había de hacer de sus pensamientos y deseos una misma cosa; en fin, había de sujetar el pensamiento y de él la parte imaginativa, tan inclinada á la metafísica, á las reclamaciones de la materia. Así y todo, no hubiese llegado ni era bueno que llegase al abandono, á la suciedad y hasta á la bestialidad de Diógenes. Para que Sócrates fuese tal como lo interpretó Aristipo, era menester que cuidara menos de la moral ó que no la hallara fuera del placer. Y para que se pudiera decir que Platón representaba al maestro, Sócrates había de atender menos de lo que atendió la lógica, las costumbres y las mismas necesidades de la vida.

El hecho real y positivo es que Platón no fué el discípulo más distinguido del maestro ni el filósofo de más nombradía en los primeros siglos de su muerte. Para que alcanzase fama Platón, fué menester que vinieran generaciones tan metafísicas y espiritualistas como las que estimaron buenas las doctrinas cristianas, y que los espíritus de Moisés y de Platón se abrazaran y fundieran en Alejandría. De ahí data la preponderancia que el platonismo adquirió en el pensamiento humano, porque de ahí también proviene el fenómeno psicólogo social de que fuesen una misma cosa el filósofo y el sacerdote, desde el momento que Platón guió el carro de la filosofía hacia la teología.

La exuberante imaginación del autor de *La República*, empobreció la filosofía y enriqueció la metafísica. No se concretó, como su maestro, á sustentar un sistema filosófico para el régimen, educación y estudio de los hombres, sino que hizo de los dioses y de la teología el principal objeto del pensamiento humano; lo que Sócrates había hecho del individuo moral.

Puede decirse que Platón fué el primer escolástico, es decir, el primero que sometió el pensamiento á la idea de Dios. Por eso su filosofía ha sido el depósito proveedor de los teólogos de todas las religiones, y la que ha sufrido más intermitencia en el reinado y esplendor del pensamiento.

Platón reunía todas las condiciones del poeta: voluble, afeminado, cobarde, indeciso, imaginación ardiente, carácter débil; Castelar y Cicerón fueron las personalidades que más se le han asemejado.

Sócrates era la entereza y la dignidad personificadas. Sólo así se es filósofo. Ni quiso evitar la muerte halagando á sus jueces, como pretendían, ni quiso salvar la vida retractándose de sus ideas, como pretendía Platón. Este sólo hecho demuestra la diferencia inmensa que iba del maestro al discípulo. Platón, como buen retórico, era hablador en exceso. Una vez Sócrates llamó la atención de su discípulo sobre las inexactitudes doctrinales que en uno de sus escritos le atribuía.

Es de suponer que las inexactitudes se repetirían, cuando, muerto Sócrates, Platón hizo públicas las doctrinas de su maestro. Los poetas, retóricos y oradores, difícilmente se ciñen á la verdad del hecho que narran.

Por eso nosotros no hemos sacado de las obras de Platón la semblanza de Sócrates. Éste, en labios de su discípulo, es el retrato del retratista, ligeramente ahumado por un resto de pudor intelectual.

Sócrates era un práctico; Platón un idealista.

Platón escribió mucho, muchísimo. Influenciado por el modo de enseñar de Sócrates, se valió del diálogo para sus obras. Son un modelo de buen decir.

Tiene algunas de orden secundario, cuya autenticidad es muy dudosa; en cambio, otras abarcan todos los problemas llamados del espíritu. De éstas nos ocuparemos con preferencia, procurando sintetizarlas sin reproducir fragmento alguno, porque Platón no tiene una obra para cada problema filosófico, sino que en todas puso parte de todos los problemas intelectuales convertidos en cuestiones teológicas en el cerebro del autor.

Para él las almas son las obras más perfectas que han salido de los brazos de Dios, si es que el Dios de Platón tuviera brazos. Lo mismo y lo otro las componen dos principios imaginarios. Lo mismo participa de Dios, lo otro de la Naturaleza. Las almas existían antes que los cuerpos; vivían con Dios; las que le faltaron al respeto (filosofía persa) ó que cometieron alguna falta (y esto que son las obras más perfectas de Dios), se unen á los cuerpos para expiarlas. (Transmigración, filosofía oriental.) Hay en el

hombre tres almas: la divina, que reside en la cabeza; la mortal, que tiene por morada el cuerpo; la vegetativa, que habita en el diafragma.

Cada una de esas almas tiene una virtud: razona la primera, es prudente la segunda, fuerte la tercera. La obra de las tres, cuya esencia se funden en una, es el orden y la armonía.

La materia es para Platón el todo indeterminado, el vacío y el espacio, la unidad y la cantidad, la idea de lo grande y de lo pequeño, lo finito y lo infinito, el todo y la nada, donde generan las cosas, los animales, las plantas y los hombres. (Obsérvase lo metafísico de esta concepción; parece que habla Parménides.)

Para Platón hay dos especies de amores: uno que aspira al goce sensible, otro que anhela el placer moral. Aquél es un delirio, éste un sentimiento generoso. El amor duerme en nosotros cerca, muy cerca de la razón; y despierta cuando nuestro cuerpo ha sazonado materialmente á la vista ó al choque de una belleza inmortal, de que el alma está sedienta por su naturaleza divina.

El amor que busca el placer no es amor, porque los placeres legítimos y puros no se encuentran en la belleza material. La belleza es el bien, porque la belleza es Dios, y el bien consiste en semejarse á Él.

La justicia es el bien del alma; la injusticia su mal. El mal nace siempre del desconocimiento de nosotros mismos.

Dios es la unidad resumida en el bien. Por eso Dios ha hecho el mejor de los mundos, la tierra, y el mejor de los animales, el hombre. El alma de aquél es la de ésta. De la esencia de ambas formó otra esencia intermedia que, mezclada con proporciones numéricas, constituyó el movimiento exterior y el interior de la cual dotó al universo entero. Este se compone de fuego y tierra (la escuela de Mileto ó el materialismo persa); pero para constituirse un cuerpo sólido han de estar unidos por el agua y el aire, términos intermedios. El cuerpo del mundo es la representación de todos los cuerpos; esférico, eterno y se mueve sobre sí mismo con perfecto movimiento. Para que participara de la eternidad, Dios creó el tiempo. Formó cuatro razas de animales: la celeste, ó de los dioses, compuesta de fuego, dotándole de la inteligencia del bien para que lo amara y practicara. La raza que vuela por el aire, la que nada por el agua y la que anda por la tierra, fué obra de los dioses secundarios, quienes las crearon por orden de Dios. Al llegar á la formación del hombre tomaron fuego, aire, tierra y agua é hicieron de aquella mezcla una cabeza redonda. En esta cabeza pusieron la inteligencia, colocándola después encima del cuerpo como si fuese un carro que condujera el alma en lo más guardado y alto del organismo.

El Estado es la justicia colectiva. La colectividad se forma de la necesidad que unos hombres tienen de otros. Las primeras clases de la sociedad la constituyen los labradores y los artesanos. Estos han de tener guerreros que los defiendan y magistrados que los gobiernen. (Ya apareció el pastor.) Cada una de estas clases tienen una virtud: la templanza es condición de los labradores y de los artesanos, el valor de los guerreros, la prudencia de los magistrados. El objetivo del Estado es la justicia; pero esta justicia es impracticable en absoluto, porque la propiedad y la familia son un estorbo. Los que de veras aman la justicia absoluta han de procurar abolir la propiedad y la familia; esto no sucederá entre tanto los reyes no sean filósofos ó los filósofos reyes.

Demuéstrase con esto la debilidad de Platón. Si la familia y la propiedad son un estorbo á la práctica de la justicia, ¿por qué no combatir las activamente, por qué no

hacer de su extinción un objetivo de la filosofía? Y si los reyes son un estorbo á la felicidad, ¿á qué esperar que se conviertan en filósofos?

Platón no se atreve á tanto. En su *República* destruye la familia y la propiedad, es cierto, pero después, en las *Leyes*, modelo de constituciones, reconoce la propiedad y la familia, si bien haciendo aquélla inalienable y prohibiendo que las mujeres lleven dote al matrimonio.

Un recurso de vencido. Los fuertes atacan el mal en su raíz y arrostran las consecuencias.

No en vano entendía Platón que los trabajadores necesitaban quien les defendiera y gobernara, procurando ser él de los gobernantes. Una sociedad ideal con obreros y holgazanes, con directores y dirigidos, es digna de un retórico, de un poeta, de un imaginativo, débiles de temperamento casi todos.

Las ideas de Platón se acercan más á las de Pitágoras que á las de Sócrates, y en *El Times* pretende fusionar á ambas.

Se recordará que Pitágoras fué un metafísico matemático y el primer pensador pagano que llevó á la filosofía de Grecia la idea de la transmigración de las almas.

Realmente en Platón hay ideas de todos los filósofos que le precedieron, porque Platón, más que un pensador, fué un vulgarizador de los pensamientos ajenos, idealizados por su imaginación portentosa. En él se fundan el materialismo de Thales de Mileto, en partes muy pequeñas, el espiritualismo de Parménides y Pitágoras en partes muy grandes, el empirismo de Sócrates en partes algo menos importantes, y el eclecticismo de Heráclito en proporciones regulares. En general, podemos decir que Platón fué un eclético y toda obra ecléctica es un compuesto de muchas obras, en la cual poco ó nada tienen sus defensores. Resumiremos las ideas de Platón diciendo que eleva la razón á Dios en todo momento y sobre cualquier asunto, porque Dios es la verdad infinita. Que ama á Dios en todo lo que es bello, porque Dios es la belleza eterna, de la cual las demás bellezas no son más que reflejos pasajeros.

Que el alma inconsciente, el alma del mundo, se convirtió en inmortal al adquirir inteligencia por la voluntad del Dios supremo.

En ciencia representa algo más que su maestro, si bien entiende que en materias cosmológicas no puede hacerse más que conjeturas. Como astrónomo hay dudas. En los libros que trata de astronomía admite el sistema de Pitágoras, esto es, la inmovilidad de la tierra, á la que coloca en el centro del mundo y alrededor de la cual gira el cielo de Oriente á Occidente, y las revoluciones del sol, los cinco planetas entonces conocidos, y la luna de Occidente á Oriente. Sin embargo, en *Las Leyes* hay un pasaje en que hace sospechar si había ya concebido el sistema de Copérnico.

Platón, como todos los filósofos que piensan más de lo que saben, adolece del defecto de la especulación, de la teoría *a priori*, y confía á la intuición la resolución de problemas que para resolverse requieren el experimento.

Platón dejó sentada esta premisa. El pensamiento por y para Dios. De ahí nació el neoplatonismo que es una exageración en sentido místico.

Para que Platón fuese un verdadero filósofo, había de tener más sentido real y menos inventiva. Casi casi podría habersele echado de su República.

*
* *

A la muerte de Platón sucedió lo que á la muerte de Sócrates: sus discípulos se dividieron pretendiendo cada cual interpretar al maestro mejor que nadie.

Las generaciones que presencian estas contiendas, no pueden determinar quién se lleva la razón ni qué pensador de los que luchan ganará la posteridad por su inteligencia maravillosa. Sin embargo, uno ó dos de entre ellos, sigan ó no las huellas trazadas por sus maestros, sean espiritualistas ó materialistas, logran hacer pronunciar sus nombres á las humanidades futuras.

A la fama de un Sócrates empírico, siguió la de un Platón, idealista en extremo; y á la fama de Platón siguió la de Aristóteles, filósofo positivista, con ideas propias, que hubiere sido lo que fué en cualquier época. Platón no hizo más que avivar el fuego que existía en el cerebro de Aristóteles. Éste, con su lógica, con su inteligencia portentosa, con su amor por la materia, fué el rival eterno de su maestro. El dualismo que Platón y Aristóteles representan en la filosofía, ha llegado hasta nuestros días y es fácil que los traspasen. Son así como dos ramas opuestas que nacen del tronco socrático.

Aristóteles vivirá más tiempo en la historia humana. La vida espiritual de Platón terminará el día que cese definitivamente el período teológico, porque Platón fué, ante todo, un filósofo de la religión. Aristóteles, por el contrario, puede ser distinguido con el nombre de filósofo de la humanidad, con más conocimientos que su maestro de la naturaleza y sus leyes.

FEDERICO URALES.

(Continuará.)

LA IGUALDAD SOCIAL

La exageración jamás sirve provechosamente la causa de los inhábiles que de ella echan mano para combatir teorías contrarias; porque la exageración es un arma traidora que se vuelve agresiva contra aquellos que la esgrimen en su defensa propia.

Exagerar los hechos, sacar las cosas de quicio, desfigurar la verdad por el sólo placer de negar ó poner en ridículo la evidencia de un sistema de redención, es procedimiento falso que en definitiva produce resultados contraproducentes.

Por esto salen siempre tan malparados los adversarios del socialismo, porque echan, para combatirlo, mano de sofismas absurdos y exageraciones ridículas. Quieren destruirnos, é inhábiles al combatir, se hieren torpemente con las armas que no saben ni les es posible esgrimir con provecho.

Decir que el socialismo es una utopía perturbadora, porque proclama la igualdad social de los hombres, y apearse, para demostrar la *gran insensatez socialista*, con asegurar que la *igualdad absoluta es un mito*, ya que no es posible que todos los humanos seamos iguales por la razón aplastante de que *no son iguales los dedos de la mano*, es el colmo de la estupidez; es trabucar maliciosamente los términos para hacer creer á las gentes sencillas que nosotros ¡pobres visionarios! perseguimos el establecimiento de una *igualdad natural* irrisoria, acefálica y realmente perturbadora... Nosotros no perseguimos tales quimeras; ni aspiramos á *recortar* al gigante, ni á *estirar* al enano; queremos, sí, igualar á todos los hombres en las placenteras holguras del derecho y en las trabajosas penalidades del deber.

Sabemos, como lo sabe todo el mundo, que ni la igualdad política, ni la igualdad ante la ley han conseguido la rehabilitación del hombre esclavizado económicamente, y aspiramos á redimirlo proclamando su liberación económica. La libertad econó-

mica de los hombres, es la integración individual y colectiva de toda igualdad social, ya que sin ella todo derecho es irrisorio y todo pacto social resulta *leonino*.

Invocar para controvertir la eficacia emancipadora y razonable de nuestros principios igualitarios, las aparentes *desigualdades naturales* que se observan en todo cuanto existe y tiene vida en el universo infinito, es caer en el mayor de los absurdos.

Las desigualdades naturales no pueden ni deben suprimirse, porque no son tales *desigualdades*. Cuando más, el hombre deberá preocuparse de la *corrección natural* de los defectos que aparecen, tal vez por nuestra culpa, en las creaciones monstruosas.

El *todo humanidad* es igual y homogéneo en todas sus infinitas variedades, y esas *desigualdades* que en los individuos se observan, entiéndanlo nuestros detractores, *no lo son más que en apariencia*.

Lo que hay entre los hombres no son desigualdades naturales, sino distintas funciones, condiciones encontradas, diversas aptitudes y temperamentos, propiedades diferentes con las que irremisiblemente se nace, y que, si bien se mira, *naturalmente* hablando, no diferencian tanto a los hombres entre sí como a primera vista parece.

En lo que sí hay diferencia y muy notable, es en las distintas especialidades de cada uno, en la *calidad*, no en la *cantidad*, y otras veces al contrario, y, no obstante, en la armonía de estas propiedades que caracterizan la actividad humana, hay *proporcionalidad* evidente, y como las razones de los términos de toda *proporcionalidad* son iguales entre sí, *naturalmente hay igualdad proporcional en todos los humanos ante el derecho y lo mismo ante el deber y todos nacen para realizar igualmente la potencialidad de su ser, y esta es la única igualdad lógica, racional, científica, y, por lo tanto, posible*.

Que un hombre nazca contrahecho y raquítico y otro venga a la vida apuesto y vigoroso, en justicia, eso no es óbice para que ambos, llenando su finalidad social *igualmente*, sean también *iguales* en el disfrute del derecho.

La igualdad socialista está en la variedad y no en la uniformidad. Igualdad no quiere decir *rigorismo uniformario*, sino libertad fraternal. Quien aspire a igualdades uniformes desconoce la sublimidad augusta de la verdadera igualdad.

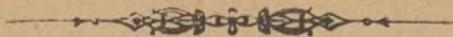
Juan, sin ser *igual*, física ni moralmente hablando, a Pedro, tiene los mismos *deberes* y goza de idénticos *derechos* que éste en el disfrute de toda función social; *luego ambos son iguales*.

Tal es nuestro concepto sociológico de la igualdad social.

La igualdad uniformada es la igualdad militaresca del regimiento que mata la voluntad de los soldados y produce la soberbia degeneración de los jefes.

Están, pues, en un error crasísimo, cometen una *exageración piramidal* cuantos, en su inopia ó mala fe, nos tachan de visionarios revoltosos, asegurando, desde luego, gratuitamente, que aspiramos a constituir a los hombres en las mortales languideces de una *igualdad* quimérica, uniformada y rigorista que acabaría por hacer del mundo un inmenso teatro de automáticos fantoches humanos, sin ideales ni voluntad. La igualdad a que nosotros aspiramos, entiéndanlo bien los habilidosos detractores del socialismo, es la igualdad redentora que se basa en la liberación económica de todos los hombres. Igualdad sublimemente justiciera que debe en su día formar triada luminosa con la Libertad y la Fraternidad universales, abriendo en los fastos de la historia del mundo la era gloriosísima de la redención del género humano.

DONATO LUBEN.



LA ANARQUIA

SU FIN Y SUS MEDIOS

XVIII

LOS SINDICATOS Y LOS SOCIALISTAS BURGUESES

La burguesía vuelve la proa.—Dificultad de realizar en Francia las obras grandes y que exigen tiempo.—Espíritu reaccionario de las cámaras sindicales.—Descubrimiento de las Trades-Unions.—Beneficios que han obtenido sus miembros.—Mal que han hecho al punto de vista general.—Los comités mixtos.—Disidencia entre la burguesía y el proletariado.—Los débiles y los desgraciados son los que pagan.—Solidaridad entre corporaciones y solidaridad de clase.—La emancipación no puede conseguirse individualmente.—Castigo.—Huelga de los mecánicos ingleses.—Adonde nos lleva la calma.—Batalla de millones.—La lección de los hechos.

Entre los grupos obreros que los anarquistas han desdeñado, puede hacerse también buena propaganda.

Actualmente una tendencia, que tiene por objeto unir los esfuerzos de la clase obrera, se acentúa en el movimiento popular. Los anarquistas pueden hacer grandes trabajos en este terreno en beneficio de sus ideas.

Hubo una época en que los socialistas burgueses se dedicaron á propagar las cámaras sindicales, como verdaderas panaceas, capaces de curar todos los males que sufre el obrero; pero los trabajadores no se inclinaron mucho á la indecisa tarea de cotizar eternamente sin ver jamás una finalidad concreta. Asociarse y cotizar para luchas probables, cuya posibilidad no está decidida, y que bien puede suceder que no se lleven á la práctica, es cosa que no llamó la atención del obrero francés; salvo algunas excepciones, las cámaras sindicales no fueron más que un núcleo insignificante que adquirieron importancia en ciertas huelgas; pero que vuelven á la nada en cuanto la lucha termina.

De otra parte, los estatutos y reglamentos de estas organizaciones, son absurdos y arbitrarios, y las obras de la mayor parte de los organizadores no han tenido otro objeto que redondear sus negocios, ó prepararse para sacar provecho más pronto ó más tarde. Estas ambiciones mezquinas han contribuído á que muchos trabajadores hayan pensado en realizar su emancipación fuera de las vías oficiales, convencidos de su impotencia.

En esos parlamentos en miniatura, se ahogaba la voz de los independientes, y usando hasta el énfasis las frases rimbombantes y las palabras sonoras, se empujaba hacia las urnas á las mayorías inconscientes.

Actualmente, so pretexto de que los sindicatos no deben ocuparse de política, no se deja hablar más que á los *adormideras*, los cuales, reprobando las reivindicaciones completas del obrero, se convierten en defensores de medidas que dejan intactas las iniquidades de la explotación.

Se prohíbe discutir sobre medidas enérgicas y decisivas; sólo se consiente hablar de calma y contemporalización en provecho de esos explotadores que, poseyendo el capital y la fuerza legal para defenderse, triunfan sin grande esfuerzo, porque la lucha no sale de la legalidad. Mas como nada puede impedir que pronto ó tarde la verdad se abra paso, algunos sindicatos tomaron una actitud revolucionaria, y como después de todo, estos organismos sostenían lucha, más ó menos platónica, pero lucha al fin,

con la burguesía, en defensa de los salarios del obrero, los patronos, que no les gusta ver que sus esclavos se unan y concierten para arreglarse por sí mismos sus asuntos de clase, suscitaron toda especie de dificultades á la formación de sindicatos, y, tolerándolos más bien que autorizándolos, se luchó por algún tiempo, hasta que al fin una ley les dió sanción legal, no obstante someterlos á la vigilancia de la *alta* policía.

*
*
*

Hoy algunos burgueses, luego de haber combatido los sindicatos, y haber abominado de su existencia, probablemente para defender mejor sus intereses, desde otro punto de vista, han hecho algunas concesiones, ó al menos eso parece, á las reivindicaciones que por todas partes surgen, y se han *metido* á socialistas. Habiendo descubierto por casualidad las *Trades-Unions* inglesas, se han entusiasmado de los resultados obtenidos, según se desprende de los estudios que sobre ellas han hecho, conviniendo en que el *sindicalismo* es la organización necesaria para llegar á un acuerdo explotados y explotadores. Esta utopía, perseguida desde tiempo ha por los que quisieran la emancipación de la multitud, respetando las actuales instituciones, constituye toda la teoría del socialismo burgués.

Verdaderamente los trabajos realizados por las *Trades-Unions* son suficientes para entusiasmar á los burgueses, que si consiguen que estas organizaciones se aclimaten en Francia, habrán podido desorientar al obrero del camino de su completa emancipación.

Sin preocuparse de las «utopías» de transformación social, de la toma de posesión, de la abolición de la autoridad y la explotación y otras ideas, que con la de defensa de los salarios, son corrientes en Francia, el obrero inglés, no ha luchado nunca más que por el aumento de su jornal, la disminución de horas de trabajo y la defensa del derecho de coalición. Reconocen implícitamente á los patronos el derecho á esquilmarlos, con la condición de que no sea directamente. El derecho de explotación no es mal considerado, y lo admiten como cosa natural y lógica. Las discusiones con sus patronos no han pasado nunca de discusiones entre individuos que compran y venden; procurando hacer su propio negocio, no niegan el derecho á que los demás hagan el suyo.

Las huelgas, desde que las *Trades-Unions* fueron reconocidas legalmente, no pasaron de ser, en su mayoría, luchas corteses, que, previo acuerdo cordial entre los dos bandos, terminaban en buena amistad todas las diferencias. Así al menos se desprende de un volumen, que tratando del asunto, acaba de publicar el *Museo Social (Trade Unionisme en Angleterre)*. Aunque el libro parece arrimar el ascua á su sardina, nadie negará que se aproxima mucho á la verdad.

Más de una vez se ha visto á los directores de la *Trades-Unions* mezclarse en la lucha contra los obreros, para hacer respetar contratos anteriores entre trabajadores y burgueses, é impedirles aprovechar las circunstancias favorables de la industria, para conseguir mejoras en los salarios ó en las condiciones del trabajo, todo alegando razones de seriedad en el cumplimiento de compromisos contraídos en épocas anteriores.

*
*
*

Mientras no se haga otra cosa que discutir los salarios, la explotación no peligrará. Los obreros que aceptan el actual orden de cosas, satisfechos con las concesiones que se les otorgan, no aspiran á una sociedad mejor, y las concesiones conseguidas no merman en nada los privilegios de la burguesía.

Al menos este es el interés de los capitalistas.

Y si fascinando á los trabajadores con la posibilidad de conseguir grandes salarios y admirables condiciones en el trabajo, consiguieran disuadirlos de sus ideas de emancipación total, sería esto una gran victoria para los capitalistas.

Así lo han intentado ensalzando con tonos ditirámicos los beneficios que el *Trade-Unionismo* ha reportado á la clase obrera inglesa: elevación de salarios, disminución de horas en el trabajo, socorros durante las enfermedades y paros por falta de trabajo, enaltecimiento del carácter y de la dignidad, engrandecimiento moral é intelectual, individual y colectivo, etc., etc. Y aún no es esto todo. Ciertas *Unions* son bastante ricas para elevar á la altura de los burgueses á los afiliados en quienes han depositado su confianza, y á algunos de éstos se les ve constantemente juntos con los más potentados patronos, tratándose como iguales.

Los más listos é inteligentes pueden llegar á la diputación; algunos han sido nombrados jueces de paz por S. M. la reina, función que hasta que se ha concedido tan gran merced á los obreros, estaba reservada á los miembros de la nobleza local.

¿A qué más pueden aspirar los trabajadores? ¿No es esto una noble finalidad, una legítima ambición y verdadera emancipación?

La posibilidad de elevarse al nivel de sus explotadores, ¿no es preferible á pensar en imposibles transformaciones sociales?

He ahí cómo los burgueses se han hecho apóstoles del neo-sindicalismo, predicándonos el espíritu de solidaridad de los obreros ingleses, los servicios prestados por los comités mixtos, resultado del buen acuerdo entre obreros y patronos, cuya sola misión es allanar las dificultades que puedan surgir entre unos y otros para llegar á una conciliación perfecta.

Para ensalzar estos organismos no hallan bastantes elogios, y alaban su fuerza de cohesión, señalan el bienestar conquistado por sus miembros, y excitan al obrero francés á que modele sus asociaciones sobre aquel patrón, á fin de conseguir las mismas mejoras.

Lo que olvidan decir, con no buena intención, es que todos esos beneficios no alcanzan más que á una pequeña parte del obrero inglés, beneficios que han obtenido estos trabajadores (los de las *Trades-Unions*) aprovechando el desarrollo industrial, y tomando por finalidad sus beneficios particulares, declarando la guerra, en caso necesario, á otros proletarios menos favorecidos que ellos, y con cuya organización han hecho una casta nueva, burguesa por su índole.

*
*
*

No puede negarse que las *Trades-Unions* han contribuido poderosamente á mejorar la suerte de los miembros de ciertas corporaciones.

En los oficios que exigen un serio aprendizaje, los obreros concedores de su trabajo, con una labor de cincuenta y cuatro horas como máximo por semana, ganan mucho más que los trabajadores franceses; y en Inglaterra los artículos de primera necesidad son mejores y más baratos que en Francia. Todas estas ventajas se deben á las *Trades-Unions*.

De estas mejoras se desprenden otras, tanto materiales como morales; el obrero, teniendo más tiempo y más recursos, puede estudiar y cultivar su inteligencia. Cuanta más altura alcanza su intelectualidad mayor es el sentimiento de su dignidad y de su fuerza; sabe hacerse respetar de sus explotadores y sabe considerarse á sí mismo. El desahogo económico, elevando el género de vida, aproxima al obrero á la clase burguesa.

De hecho, los que llegan á esta situación no son más que semiburgueses, no sólo en el sentido material, que esto nada tiene que ver, sino en el moral, lo que es una desgracia; teniendo tendencias burguesas se sienten más inclinados á unirse con la burguesía que á solidarizarse con los trabajadores menos favorecidos por la suerte.

Hay otra sombra en el *hermoso* cuadro de estas ventajas, y es que todas ellas se han adquirido combatiendo la emancipación total del obrero, so pretexto de ser prácticos, no habiendo conseguido en realidad más que crear una casta nueva, intermediaria entre el proletariado y el capitalista, tan estúpida y egoísta como esta última. Al lado del proletario privilegiado se agita otro miserable, que muere de hambre y miseria, sin trabajo casi siempre, y haciendo jornadas de once á quince horas cuando tiene ocupación, á cambio de un salario irrisorio. Estos son los parias (*unskilled*), como los llaman en Inglaterra, lo que equivale á *peón* entre nosotros, y todos cuantos están dedicados á una profesión que no exige aprendizaje, ó muy poco al menos. Siendo los más numerosos, forman en las grandes ciudades esa población desgraciada y miserable, de que nos han hablado algunos escritores; son los eternos sacrificados, los que alguna vez, en lucha contra los explotadores, ven irse del lado de la burguesía á los trabajadores favorecidos.

Y esto es fatal, porque dada la organización actual, un individuo no puede elevarse sobre otros, sino explotando y luchando contra ellos.

Si los capitalistas se ven obligados á pagar á un precio elevado los salarios de cierta categoría de obreros, es preciso que se desquiten por un lado ó por otro, ya que la competencia no les permite poner sus productos en el mercado más caros que los demás; por eso descarga el peso de la explotación sobre los que oponen menos fuerza de resistencia, y estas iniquidades universales están en Inglaterra mucho más acentuadas que en ningún otro país del mundo.

* *

De otra parte, las corporaciones privilegiadas, para que su resistencia sea más eficaz, imponen una multitud de condiciones restrictivas que hace imposible el ingreso de aprendices en los oficios privilegiados, si éstos no pertenecen á la casta, imponiendo el pago de una suma elevada para entrar, prolongando la duración del aprendizaje ó bien limitando el número de aprendices.

Estas medidas les permiten luchar con éxito contra la rapacidad patronal, porque hacen imposible la competencia entre obreros; pero en cambio tratan como adversarios al resto de los proletarios.

Han practicado la solidaridad corporativa á un punto de vista muy elevado; pero jamás le han dado extensión hasta alcanzar á toda la clase obrera, y este es tal vez el mayor de todos sus pecados, porque se creen libres, cuando en realidad no han conseguido más que alargar la cadena, que les permite ciertos movimientos.

Su gran error consiste en no haber comprendido que la emancipación individual no puede ser íntegra y durable mientras que la explotación exista, mientras que haya una autoridad que reglamente sus actos. Y como toda falta se paga, las *Trades-Unions* inglesas purgan actualmente las suyas. La industria se ha extendido prodigiosamente; los instrumentos mecánicos reemplazan la mano del hombre y su peculiar habilidad, echando abajo las restricciones del aprendizaje; los patronos tienen actualmente la facilidad de prescindir de los obreros aristocráticos y utilizar á los *unskilled*, elevados á la categoría de *skilled* (obreros artistas), por la perfección de las máquinas, contra las restricciones de la casta *Trade-Unioniste*.

Ahora los brazos abundan en el mercado, las restricciones han desaparecido una á una, y lejos de obtener nuevas ventajas, las *Trades-Unions* hacen cuanto pueden para mantener las conquistadas anteriormente; esto, al menos, nos ha demostrado el resultado de la gran huelga de los mecánicos del 97 al 98.

Esta huelga, que duró seis meses, y durante la cual se pagó sus salarios á los huelguistas, cuyo total ascendió á varias docenas de millones, dió la medida de la potencia adquirida por esta organización; pero quedó también demostrada su impotencia ante el nuevo orden de cosas, puesto que fué vencida, y los trabajadores tuvieron que transigir con las condiciones impuestas por los patronos.

Muchas corporaciones se hicieron solidarias. Sabían que la huelga había sido provocada por los patronos, que éstos habían jurado destruir la organización obrera, y todas corrieron en apoyo de los mecánicos. Las suscripciones afluyeron de todas partes, no de 0,25 ó 0,50 como acostumbramos á hacer nosotros, sino suscripciones de 25, 30 y 50.000 francos, donativos de burgueses anónimos que simpatizaban con los huelguistas. Hubo profesores de Universidad que no tuvieron inconveniente en demostrarles públicamente su simpatía. Hay que decir, sin embargo, que esta simpatía la habían conquistado por su extrema prudencia y la gran calma que demostraban en la lucha, animados por la importancia de sus poderosas cajas; el dinero que recibían no era sino arengas para que continuaran tranquilos. ¡Tranquilos! Así estuvieron, en efecto, durante toda la huelga. Ni la más insignificante violencia tuvo nadie que lamentar, y con calma y tranquilidad entraron vencidos en el taller, exhaustas sus cajas, deshecha su resistencia para muchos años.

Los millones capitalistas derrotaron á los millones proletarios, probando con esto una vez más que en el terreno legal son ellos los amos, puesto que las leyes han sido hechas por ellos y para ellos.

*
* *

Viniendo en auxilio de los mecánicos las demás corporaciones, demostraron que habían empezado á comprender que la solidaridad debe extenderse hasta más allá de los miembros afiliados á un grupo, á una corporación; pero la derrota les demostró que era demasiado tarde, puesto que los patronos sabían también unirse para defender sus intereses, y que en la lucha donde el arma de combate son los millones, la victoria ha de ser de los ricos, por necesidad.

Los hechos han venido á enseñarles que en la sociedad actual ciertos individuos pueden llegar á emanciparse; pero que éstos son en número reducido y aun apoyándose sobre las espaldas de los demás, sin contar que tal emancipación es tan poco sólida, que carecen de la seguridad de poderla mantener.

Si hubieran sabido sacar lógicas consecuencias de los acontecimientos, hubieran aprendido de paso que la posibilidad de emanciparse no es más que un señuelo para desviarlos del camino verdadero de la total emancipación, y mantenerlos indefinidamente en la esclavitud, fascinándolos con esperanzas engañosas.

Los trabajadores no pueden emanciparse sino colectivamente, y mientras la mayoría no lo hayan comprendido así, harán el juego de una minoría de intrigantes. Los hechos han demostrado también que la verdadera *utopia* eran las reivindicaciones llamadas *prácticas*; que el aumento de salarios no tiene más que un valor momentáneo, del que los trabajadores deben aprovecharse en el curso de la lucha; pero que jamás sus aspiraciones deben pararse en tan falaz conquista, que la sola finalidad digna y

radical es la supresión del salario y la explotación, poniendo en común todos los instrumentos y medios de producción.

La emancipación de los trabajadores no será un hecho mientras quede una ley en la sociedad y un parásito que consume lo mejor de lo que ellos producen.

JUAN GRAVE.

(Traducción de Antonio López.)

CIENCIA Y ARTE

LA HERENCIA PSICOLÓGICA

I

Cuando se habla de instintos, la primera dificultad es la de entenderse; porque, sin querer dar aquí, lo cual sería largo, una enumeración completa de los diversos sentidos de tal palabra en el lenguaje usual, se encuentran tres por lo menos entre los naturalistas y filósofos, que están, sin embargo, más obligados á la precisión que el vulgo. O bien se entiende por instinto la acción automática, casi mecánica, probablemente inconsciente, de los animales para alcanzar un fin, determinado por su organización y sus caracteres específicos. O bien instinto es sinónimo de deseo, inclinación, tendencia; así se habla de buenos y malos instintos, del instinto del robo ó del asesinato, etc. O bien, en fin, se comprenden bajo el nombre de instinto todos los fenómenos psíquicos que se producen en el animal, todas las formas de actividad mental inferiores á la del hombre. Este último sentido de la palabra es debido evidentemente al deseo de no conceder inteligencia á las bestias, y se ha venido así á confundir, contra toda razón, con los impulsos ciegos é inconscientes, los actos conscientes, resultado para cada animal de su experiencia individual y por consecuencia análogos á los que llamamos inteligentes, tratándose de nosotros mismos.

Aunque, en mi opinión, el instinto y la inteligencia son una sola y misma cosa y no hay entre ambos términos más que una diferencia de grado y no de naturaleza, no tomaré aquí la palabra instinto más que en su primer sentido, el único que me parece exacto y conforme á su etimología. Necesitaríamos, para mayor precisión, comenzar por establecer una buena definición. Desgraciadamente todavía no se ha encontrado. Se puede, sin embargo, definir con Hartmann «un acto conforme á un fin, pero sin conciencia del fin»; ó bien contentarse diciendo con Darwin «que un acto, que no podríamos realizar sino con ayuda de la reflexión y del hábito, cuando es realizado por un animal, sobre todo muy joven y sin ninguna experiencia, ó cuando se realiza de la misma manera por muchos individuos, sin que parezcan darse cuenta del fin, es, en general, considerado como instintivo».

No tenemos que examinar aquí la larga y difícil cuestión de los instintos. Algunas palabras, sin embargo, son necesarias para entenderse sobre este asunto y para demostrar más tarde en qué medida la herencia contribuye á su formación.

El instinto es para nosotros una *acción refleja compuesta*. «Mientras que en el reflejo simple una sola impresión es seguida de una sola contracción; mientras que en las

formas más desenvueltas de la acción refleja, una simple impresión va seguida de una combinación de contracciones; en las que distinguimos bajo el nombre de instinto, una combinación de impresiones va seguida de una combinación de contracciones (1).

El punto embarazoso consiste en que no es en absoluto posible dejar de conceder á estos reflejos compuestos ciertos caracteres que los aproximan á los fenómenos puramente psíquicos. La perfecta aprobación de los medios que el animal emplea para conseguir un fin determinado—y, en ciertos casos, un fin lejano, del que no ha tenido ni tendrá jamás la percepción actual—, nos parece como el resultado de una actividad mental. Los insectos que depositan cerca del huevo los alimentos de cierta naturaleza, propios para alimentar una larva que no nacerá sino después de su muerte, nos parecen dotados de previsión. Con razón ó sin ella, encontramos alguna analogía entre su conducta y la que nosotros tendríamos en semejantes circunstancias, entre sus actos y entre ciertos otros que nosotros no podemos ejecutar sino conscientemente. Así, el instinto, nos parece, de una parte como el resultado de una actividad psíquica, de otra como el resultado de un automatismo perfecto, de un puro mecanismo que excluye todo acto de conciencia.

Creo que esta dificultad se simplificaría un poco si se consintiera en considerar los estados de conciencia por lo que son, por un simple acompañamiento de ciertos procesos nerviosos. Si se considera la conciencia como la esencia, como la propiedad fundamental del alma, todo se vuelve obscuro; si se la considera como un fenómeno que tiene condiciones de existencia propias, todo se aclara. El estado de conciencia no es en realidad más que un acto complejo que supone un estado particular del sistema nervioso; esta acción nerviosa no es accesoria, sino parte integrante del hecho; es la base la condición fundamental; desde que se produce, el hecho existe en sí mismo, desde que la conciencia se une el hecho existe por sí mismo: la conciencia le completa, le acaba, pero no le constituye.

Admitida esta hipótesis, averigüemos cómo se puede concebir la naturaleza del instinto.

Primeramente hay un estado inicial que consiste en una percepción visual, olfativa, auditiva, en una sensación visceral ú orgánica. Las sensaciones de este último orden llegan á desempeñar el papel principal en los instintos relativos á la generación, á la nidificación, al cuidado de los pequeños: en los invertebrados, por lo que á esto se refiere, todo se reduce á conjeturas; pero las modificaciones psíquicas que se producen en los vertebrados durante la estación de los amores, permiten deducir modificaciones análogas, al menos en los insectos. Este estado inicial debe ir acompañado de conciencia; no se concibe sin ella; es, en un sentido estricto, de naturaleza psíquica.

Consideremos ahora los instintos en su último término: en los actos, en los resultados á que tienden. Todavía aquí es difícil no admitir un estado de conciencia, sobre todo en el caso en que la actividad del animal deba recorrer varias fases, cada una de las cuales no es una etapa respecto del resultado final.

Quedan los estados intermedios entre la sensación inicial y el acto final, es decir, aquel mecanismo de una complejidad con frecuencia extraordinaria que constituye

(1) H. Spencer. *Principes de psychologie*, t. I., pág. 462 y siguientes. Señalaremos que el reflejo simple, tal como se define en los tratados de psicología es, hablando con propiedad, una concepción puramente esquemática: no existen en realidad más que las asociaciones más ó menos complicadas de reflejos.

propriadamente el instinto y que es de una naturaleza tan enigmática. Yo me inclino á creer que lo más frecuente, en estos casos típicos en que la organización es perfecta, es que no exista conciencia alguna. Esta afirmación parecerá menos sorprendente si se recuerda lo que se ha dicho antes: que nada es indispensable más que los procesos nerviosos; que importa poco que la conciencia desaparezca si los procesos nerviosos, que son los equivalentes fisiológicos de los estados de conciencia, subsisten; que hasta es conveniente que ésta desaparezca, porque su ausencia hace el automatismo más perfecto. Evidentemente, en su origen, todo instinto simple ó complejo, ha sido una forma cualquiera de la actividad psíquica; pero que gracias á las repeticiones perpetuas del individuo y sus descendientes, se han establecido en el sistema nervioso del animal disposiciones permanentes, conexiones estables entre diversos elementos anatómicos: el instinto se ha comprobado, se ha organizado. A medida que los diversos estados fisiológicos, desde un principio acompañados de conciencia, han llegado á ser más rápidos (1), mejor coordinados, la conciencia se ha alejado de ellos de tal suerte, que este mecanismo tan regular no representa hoy más que la conciencia apagada.

¿Es necesario indicar que estas consideraciones son aplicables á todos los instintos, tanto á los más sencillos, como á los más complejos? Estos, en efecto, no se deben tomar en conjunto. Es preciso no olvidar que están formados por adiciones sucesivas, durante generaciones innumerables, por la coordinación, fusión é integración de los instintos simples, y que cada nueva adquisición ha sido fijada por la misma transformación de un proceso consciente en un proceso automático.

Además, si, como es lo más frecuente, el instinto, fuera de sus dos puntos extremos, consiste en un proceso inconsciente, puramente fisiológico, es verosímil que en ciertos casos vaya acompañado de algún grado de conciencia. Tales son los instintos más complejos cuya coordinación no es siempre perfecta. En general siempre que hay adaptación de condiciones nuevas, duda, indecisión, perplejidad en el animal, es imposible que no se produzcan estados de conciencia. En el instinto sucede como con el hábito: éste atraviesa un período de conciencia antes de llegar al automatismo perfecto y pierde su perfección á medida que la conciencia reaparece.

No hay, pues, razón para suponer como Cuvier «que los animales tienen en su *sensorium* imágenes ó sensaciones constantes que les determinan á obrar del mismo modo que las sensaciones ordinarias y accidentales lo hacen comúnmente». En realidad, no hay innato más que la relación entre las modificaciones de la sensibilidad externa ó interna y ciertos procesos organizados en el sistema nervioso del animal, y este innatismo resulta de una transmisión hereditaria.

En resumen—y sin insistir en una cuestión que no hemos de tratar aquí—cada instinto complejo se convierte en una coordinación de instintos simples; cada instinto simple se reduce á un hábito hereditario.

II

Aunque la división de los instintos en naturales y adquiridos no tiene razón alguna de ser, en último análisis, podemos adoptarla á título provisional y para claridad de la exposición.

Los instintos llamados primitivos son aquellos cuyo período de organización se re-

(1) Ya hemos demostrado en otra parte, que la duración de un esta lo es una condición necesaria de la conciencia.

monta á los tiempos prehistóricos. Los documentos escritos ó figurados, por antiguos que sean, nos indican la mayor parte de las especies actualmente vivas ya provista de los instintos que le conocemos y cuyos principales caracteres, según los partidarios de la fijeza de las especies, son los siguientes:

El instinto es innato, es decir, anterior á toda experiencia individual. Mientras la inteligencia se desenvuelve lentamente y por una acumulación de experimentos, el instinto es perfecto de primera intención.

El pato empollado por una gallina va derecho al agua; la ardilla antes de saber lo que es el invierno hace provisión de avellanas. El pájaro nacido en una jaula, puesto en libertad, se construye un nido semejante al de sus padres, con los mismos materiales y en la misma forma.

La inteligencia tantea, ensaya, se equivoca, cae en el error y se corrige de él. El instinto tiene una seguridad mecánica; funciona al modo de una máquina. De aquí su carácter inconsciente; no conoce ni el objeto que pretende, ni los medios que ha de emplear; no tiene que comparar, juzgar, ni escoger. Todo parece como conducido por un pensamiento, sin que nada llegue al pensar.

El instinto parece inmutable. No parece que, como la inteligencia, crezca y disminuya, gane y pierda. No se perfecciona. Si no permanece absolutamente invariable, no varía más que dentro de límites reducidos, y se puede decir que, en los instintos, la inmutabilidad es la regla y las variaciones son la excepción.

Tales son los caracteres admitidos de ordinario; y aunque alguno de ellos no esté al abrigo de la crítica, aunque alguno no sea absolutamente verdadero, son suficientemente exactos para distinguir los instintos de los demás fenómenos psicológicos.

El instinto así entendido, ¿es transmisible? ¿está sometido á la ley de la herencia? Evidentemente. La herencia de los instintos está fuera de duda. El animal hereda disposiciones psíquicas de sus autores del mismo modo que la constitución fisiológica. El naturalista tiene en cuenta los caracteres primeros, como los segundos. Le parece tan esencial que una abeja extraiga el polen de las flores, construya celdas donde depositar su miel, como el que tenga mandíbulas, seis patas y cuatro alas. Una abeja obrera, que tenga los instintos de la hormiga, le parecerá tan extraño como el que tenga ocho patas y élitros. Hay en el animal dos funciones principales: una que conserva al individuo, la nutrición; otra que conserva la especie, la generación. Esta transmite los instintos como las formas físicas; la generación es tan espiritual como material. El castor transmite á sus pequeños los caracteres anatómicos y fisiológicos del mamífero roedor, sus instintos constructores y su talento de arquitecto.

Nos encontramos, pues, desde el principio una masa innumerable de hechos psicológicos, los actos instintivos, rigurosamente sometidos á las leyes de la transmisión hereditaria. Y es suficiente un poco de reflexión para ver cuán vasto es el dominio del instinto: los invertebrados parecen estar completamente reducidos á esta forma de la actividad mental. En la rama de los vertebrados, las clases inferiores, peces, batracios, reptiles, pájaros, no pueden, con la mayor frecuencia, vivir, atacar, defenderse, conocer sus enemigos, más que por medio de sus instintos. En fin, en los mamíferos y aun en el hombre, el instinto disminuye gradualmente, pero no desaparece. Así su dominio es tan extenso como el de la vida animal, y este dominio tan vasto está regido por las leyes de la herencia.

Puesto que es claro y admitido por todos que la herencia es regla invariable de la transmisión de los instintos, es inútil acumular aquí ejemplos que lo apoyen. La tena-

cidad de los instintos es tan grande y su transmisión hereditaria tan segura, que se la ve algunas veces sobrevivir, durante siglos, á las condiciones de existencia á que estaban adaptados. «Tenemos, dice Darwin (1), razones para admitir una conservación bastante duradera de hábitos primitivos aun después de una domesticación prolongada. Así, vemos, como rasgo original de la vida del asno en el desierto, la gran repugnancia que siente al atravesar la más pequeña corriente de agua y el placer con que se revuelca en el polvo. El camello, que está domesticado desde largo tiempo, siente la misma repugnancia á atravesar un arroyo. Los cerdos jóvenes, aunque bien domesticados, se tapan cuando están asustados y tratan de esconderse aun en una plaza desnuda y descubierta. Los pavitos, y aún los pollos, cuando la madre da la señal de peligro, se salvan y tratan de esconderse, como hacen las perdices jóvenes y los faisanes, para que la madre pueda echar á volar, cosa que, domesticada, no puede hacer. El ánade almizclado, en su país, se cuelga y anida frecuentemente en los árboles; y nuestros ánades almizclados, en estado doméstico, aunque muy indolentes, aman de colgarse de los muros, hórreos... Sabemos que aunque abundante y regularmente nutrido, el perro oculta, con frecuencia, lo mismo que el zorro, la comida que le sobra; le vemos también sobre la alfombra dar vueltas largo tiempo sobre sí mismo como para pisar la hierba del sitio en que se va á acostar... Encontramos, por último, en el placer con que los carneros y los cabritos se agrupan en montón y juegan sobre el pequeño pedazo de tierra que encuentran á su alcance, los vestigios de sus antiguos hábitos alpinos.»

Los perros y los gatos domésticos, como sus semejantes en estado salvaje, escarban para tapar sus inmundicias, aun allí donde la falta de arena y polvo hacen esta operación inútil. Pero esto es la *supervivencia* de un hábito hereditario.

Varios naturalistas han señalado, aun en el hombre, la persistencia de instintos en estado rudimentario. «Para expresar el desdén enseña los dientes caninos; para expresar la cólera, la dentadura completa, aunque el hombre civilizado no tenga intención, al mostrar sus armas, de espantar un enemigo (2). La violenta espiración que hacemos oír en un acto de furor no tiene razón de ser, pero responde á lo que en caso semejante se produce en los animales carniceros».

CH. RIBOT.

(Continuará.)

CRÓNICA CIENTÍFICA

Todavía el Norte.—Noticia de la expedición danesa del explorador Andrup.—Los exploradores daneses.—Salvamento del Varna por el marino danés Horgaard.—De Douvres á Calais en quince minutos.—Proyecto del conde Pieri.

Carecían de noticias hacía mucho tiempo de la expedición polar del explorador danés ó dinamarqués (dícese de ambas maneras), Andrup, cuando á principios del próximo pasado Septiembre un diario de Copenhague, nos hizo saber que una expedición sueca dirigida por M. Kolthoff había encontrado en la isla de Juan-Mayeu una

(1) Darwin, *Variation, tec.*, I, 192.

(2) Schneider, *Der thierische Wille*, 1880, V., pág. 411 y siguientes. Darwin, *De l'expression des émotions, parsim.*

botella que contenía una comunicacion interesante, según la cual, la expedición danesa del explorador Andrup, debía haber tocado en esta isla después de haber visitado la Groenlandia oriental.

M. Kolthoff ha hallado la prueba de que el explorador danés había dejado en la isla de las Morsas, cerca de la isla Saburée, una comunicación de la expedición Iwerdrups, donde también se carecía de noticias.

Por sugestivo que fuese el hallazgo de M. Kolthoff, no había aún motivos suficientes para confiar en la suerte del viajero danés y de sus sucesores.

Nuestro colega danés deducía de las indicaciones del documento, que la expedición Andrup había alcanzado felizmente la costa oriental de la Groenlandia hacia el grado 70 de latitud Norte; pero todo ello no pasaba de conjeturas.

Subsistía aún la inquietud, cuando hace algunos días, el 19 de Septiembre, se recibió en Copenhague un telegrama de M. Hartz, individuo de la expedición Andrup, expedido por la vía de Grangemouth, en la Escocia septentrional, manifestando que los exploradores daneses arribaron el 18 de Julio al cabo Dalton, en la costa oriental de la Groenlandia, á 69° 15' de latitud Norte. Las previsiones de M. Kolthoff han recibido, pues, plena confirmación.

M. Hartz da también en su telegrama indicaciones optimistas, fundándose en que el hielo parece favorecer al Sud. La expedición en barco ha tratado de trazar el mapa de la región, desde Scoresbysund, dedicando á este trabajo tres semanas. Posteriormente se ha sabido que esta expedición ha tocado en varios puntos cercanos á la bahía de Oscar I, y no más tarde que el 1.º de Septiembre se hizo de nuevo á la mar y llegó á Islandia el 5 de Septiembre, habiendo, por último, salido de Dyraifjord dos días después en dirección á ese Norte tan peligroso y que, no obstante, atrae á los heroicos viajeros como si fuera un imán irresistible.

En resumen, si las noticias de Andrup son favorables por el momento, no es menos cierto que ahora tendrán que vencer las mayores dificultades. ¿Conseguirá batir el record establecido por el duque de los Abbruzzos? Lo deseamos por él y por la ciencia.

Los daneses no han cesado de mandar expediciones más ó menos importantes hacia las regiones septentrionales, lo que se concibe fácilmente en atención á que además de la Islandia, le pertenecen las regiones circumpolares de la Groenlandia. Exploran, pues, su propio territorio, con tanta insistencia, poderosamente ayudados en tan valerosa tarea por viajeros de diversas nacionalidades, especialmente por suecos, noruegos y holandeses.

Recordemos á este propósito el célebre salvamento del *Varna* por un marino danés, teniente Horgaard.

El *Varna* era un vapor noruego, equipado para una expedición holandesa dirigida por el Dr. Snelleu y encargada de establecer una estación metereológica circumpolar en Por-Dickson. Entre los compañeros del doctor se encontraban el naturalista Ruys, el geógrafo Lamie, y el geólogo Rust, encargado este último de explorar el río Ienissei desde el punto de vista comercial.

El *Varna*, después de haber doblado la punta de Nordkyss y dirigido la proa hacia la isla de Vaigatz, fué cogido entre los hielos y se vió reducido á vagar en su movidiza prisión, entre el 70 grado de latitud Norte y el 63 de longitud Este. Todos los exploradores hubieran perecido por falta de provisiones, si un vapor danés, el *Dijmphna*, no hubiese aparecido en aquellas regiones en el momento crítico y no se

hubiese apresurado á socorrer á los desgraciados holandeses, llegando los salvadores á estar á punto de ser víctimas de su generosidad, corriendo peligros que han dado celebridad á este salvamento en los anales de las exploraciones polares.

El *Dijmphana* estaba mandado por el teniente Horgaard, de la marina danesa, que había recibido la misión de intentar el acceso de la tierra de Francisco José por su parte oriental. En cuanto apercibió los holandeses en situación tan apurada, no vaciló un instante en apartarse de su ruta para tratar de salvarlos; pero á su vez, el buque danés quedó trabado por los hielos, que se consolidaron alrededor de los dos buques, situados á una centena de metros uno de otro. Todas las tentativas que hicieron los navegantes para arribar á tierra fueron infructuosas.

Después de un mes de luchas y de sufrimientos, la situación se agravó. Amontonábanse los témpanos, se oían horribles crujidos y la tripulación poseída de terror abandonó el buque para refugiarse en las montañas de hielo que á su derredor se formaban; formáronse luego enormes grietas en la superficie del mar helado, y los exploradores, retrocediendo ante los abismos que se abrían á su vista, quedaron separados de su buque.

Cuando las grietas se cubrieron de nuevos témpanos, la tripulación del *Varna* pudo volver á él; pero pronto se produjo la catástrofe final. Moviéronse los témpanos, chocando entre sí con ruidos que daban la ilusión de cañonazos. De un momento á otro el choque de un témpano colosal podía hundir el buque que, sometido por otra parte á la poderosa acción de las fuerzas opuestas de aquellas inconcebibles masas de hielo, corría peligro de ser aplastado, hasta el punto que la tripulación decidió abandonarle, llevándose los instrumentos científicos, los documentos, los trineos y perros, para instalarse en el *Dijmphana*, que más sólidamente construido, resistía los asaltos de los hielos.

Antes de dirigirse á la isla de Waigatz, donde el *Luise* los tomó á bordo, los exploradores holandeses continuaron sus observaciones científicas con empeño heroico durante una veintena de días, á bordo del *Dijmphana*, á cuya tripulación debieron la vida.

El *Varna*, en cuanto cesaron aquellos fríos intensos, y una temperatura dulce y tibia quitó fuerza á los témpanos empezando el deshielo, se hundió completamente destrozado.

*
*
*

Mientras se decide la construcción del canal de la Mancha, un inventor italiano, el conde Pompeo Pieri, se compromete, si se adopta su proyecto, á hacer posible el cruce del Pas-de-Calais en quince minutos, sin el menor peligro. Trátase de un sistema aéreo.

El proyecto del conde Pieri, sobre el cual hay ingenieros franceses é ingleses que fundan grandes esperanzas, es la misma sencillez. Unos cables resistentes que sirven de rieles sostienen, no por columnas, sino por cincuenta globos á los cuales están suspendidos, cuyos globos están distribuidos á lo largo del camino á distancias iguales. Los cables retienen á los globos en cautiverio; éstos dan á la línea aérea una posición constantemente horizontal.

A lo largo de estos cables, y á una velocidad extraordinaria, podrán correr vagones planos, provistos de máquinas eléctricas, capaces para contener diez personas. Estos cables serán de corcho y aluminio, de manera que en caso de accidente seguido de

caída al mar, quedarían flotantes y podrían ser recogidos fácilmente por vapores especialmente destinados á estos casos.

Tal es, en pocas palabras, el proyecto del conde Pieri, que se muestra muy optimista acerca del éxito.

Lo único que puede aventurarse al juzgarle es que la cosa no es imposible, y la objeción mayor que puede hacersele no se refiere al proyecto en sí, sino á un accesorio importante: háganse instalaciones capaces de resistir las violentas tempestades de aquel mar.

Deseamos, en todo caso, que se decida el ensayo del proyecto.

TARRIDA DEL MÁRMOL.

PARIS

(Continuación.)

Cuando con los codos puestos sobre la meseta del altar, Pedro hubo vaciado el cáliz, después de dividir la hostia, sintióse poseído de una angustia mayor aún. Así, pues, ¿era una tercera experiencia la que comenzaba para él, ese combate supremo de la justicia contra la caridad, donde iban á luchar su corazón y su razón, en aquel gran París tan velado de cenizas, tan lleno de un terrible desconocido? La necesidad de lo divino luchaba aún en él contra la inteligencia dominadora. ¿Cómo se satisfaría jamás en las multitudes la sed del misterio? Fuera de lo escogido, ¿bastaría la ciencia para apaciguar el deseo, mecer el sufrimiento y alimentar hasta la saciedad el sueño? ¿Y qué iba á suceder con él mismo en la pérdida de aquella caridad que, hacía tres años le mantenía en pie, ocupando todas sus horas, comunicándole la ilusión de que se sacrificaba para ser útil á los demás? De un solo golpe, la tierra le faltaba bajo los pies, y no oía más que el grito del pueblo, pidiendo justicia, y amenazando recobrar su parte, retenida por la fuerza y la astucia. Nada podía retardar ya la catástrofe inevitable, la guerra fratricida de las clases, que se llevaría el antiguo mundo, condenado á desaparecer bajo el cúmulo de sus crímenes. A cada hora esperaba el hundimiento, París anegado en sangre, París entregado á las llamas, y en una tristeza espantosa. Y su horror á la violencia le helaba; no sabía dónde tomar la nueva creencia que debía conjurar el peligro, comprendiendo bien que el problema social y religioso no formaba más que uno y único en cuestión en la terrible y cotidiana labor de París; pero demasiado confuso en sí, demasiado lleno de dudas é imponente para decir aún donde estaba la verdad, la santidad, la vida. ¡Ah! estar sano, vivir, contentar al fin su razón y sus sentimientos, en la paz, en el trabajo seguro, simplemente honrado, que el hombre ha venido á desempeñar en la tierra.

Dicha la misa, Pedro bajaba del altar, cuando la madre desecha en lágrimas, junto á la cual pasaba, cogió con sus manos temblorosas una extremidad de la casulla, y besaba anciosamente, como se besa la reliquia del santo de quien se espera la salvación. Le daba gracias por el milagro que había debido hacer, segura de encontrar á su niño curado. El abate quedó profundamente conmovido ante aquel amor, ante aquella fe ardiente, á pesar de la honda angustia que experimentó, por no ser el ministro soberano que aquella mujer creía, capaz de obtener una próroga de la muerte. Pero la despedía consolada, tranquilizada, y con fervoroso celo suplicó á la Fuerza ig-

norada y consciente, si existía una que fuera en auxilio de la pobre criatura. Después, cuando se hubo despojado de sus ropas sacerdotales en la sacristía, y se halló de nuevo fuera, delante de la basílica; azotado por el viento del invierno, un estremecimiento mortal le sobrecogió, dejándole casi helado, mientras que miraba á través de la bruma para ver si el huracán de cólera y de justicia había barrido ya París, si se había producido la catástrofe esperada que debía sepultarle una mañana, sin dejar bajo el cielo gris más que el pantano corrompido de sus escombros.

Pedro quiso desempeñar desde luego la comisión del abate Rose. Siguió la calle de Norvins, sobre Montmartre, y ganó la de los Sauces, cuya rápida pendiente franqueó entre muros cubiertos de musgo, al otro lado de París. Los tres francos que llevaba en la mano, en el fondo del bolsillo de su sotana, producíanle á la vez tierna emoción y sorda cólera contra la inútil caridad; pero á medida que iban pasando por los pisos de interminables escaleras, la imagen de la miseria entrevista le acosaba de nuevo, y una infinita piedad le oprimía. Había allí todo un nuevo barrio en construcción á lo largo de grandes vías abiertas. Altas casas de aspecto vulgar elevábanse ya en medio de jardines desmontados ó entre solares protegidos aún por cercas, y sus fachadas, blancas como la nieve, contribuían no poco á comunicar un aspecto más sombrío, más leproso, á las antiguas casas ruinosas que aún quedaban en pie, figones con paredes de color de sangre de toro, casuchas negras y destartadas, lugares de sufrimiento, donde el ganado humano se amontonaba. Aquel día, las nubes estaban muy bajas, el barro cubría el suelo hundido por los carros, el deshielo impregnaba las paredes de una humedad glacial; mientras que tanta suciedad y sufrimiento infundía horrible tristeza.

Pedro, que había llegado hasta la calle Marcadet, retrocedió para entrar por la de los Sauces, seguro de no engañarse, en el patio de una especie de cuartel ó de hospital, rodeado por tres edificios irregulares. Este patio era una cloaca, donde las basuras debieron acumularse durante los dos meses de terrible helada, y todo se deshacía ahora, exhalándose un hedor insoportable de aquel inmundo lodazal. Las casas estaban en parte hundidas; veíanse vestíbulos abiertos, como boquetes de cueva, pegotes de papel cubrían los vidrios grasosos de las ventanas, y en algunas partes pendían pingajos como banderas de muerte. En el fondo de la caseta que servía de alojamiento al portero, Pedro no vió más que un hombre achacoso, embozado en el fragmento de una vieja manta de caballo.

—¿Vive aquí un anciano obrero llamado de Laveuve?—preguntó Pedro—¿Qué escalera, qué piso?

El hombre abrió mucho los ojos de mirada inquieta, con expresión idiota, y no contestó. Sin duda la portera estaba en la vecindad, y el sacerdote esperó un instante, mas viendo después una niña en el fondo del patio, aventuróse á cruzar la cloaca de puntillas.

—Hija mía—la dijo—, ¿conoces tú en la casa un viejo obrero que se llama Laveuve?

La niña, cuyo flaco cuerpo no tenía más abrigo que una falda de tela de color de rosa, muy harapienta, y que tiritaba de frío, alzó su agraciado rostro, y fijó su mirada en los sabañones de sus manos.

—¿Laveuve?—repitió—, no sé, no sé...

Y con el ademán de una mendiga, presentó una de sus pobres manos embotadas por el frío; y después, cuando el sacerdote la hubo dado una monedita blanca, comenzó á saltar, como una cabra retozona, á través del cieno, cantando con voz aguda.

—No lo sé, no lo sé, no lo sé.

Pedro tomó el partido de seguirla: había desaparecido en uno de los vestíbulos abiertos, y subió detrás de ella por una escalera sombría y fétida, con los peldaños en parte rotos, y tan resbaladizos por las cáscaras de legumbres, que debió cogerse á la cuerda grasosa que servía para izarse. Pero todas las puertas estaban cerradas; llamó en varias de ellas inútilmente, y tan sólo en la última le contestaron con sordos gruñidos, como si se hallase encerrado allí algún animal furioso. Llegado de nuevo al patio, vaciló, y después aventuróse por otra escalera, donde le aturdieron gritos penetrantes, como los de un niño á quien se matara. Al oír el ruido, subió presuroso, y encontróse pronto delante de una gran habitación abierta, donde se había dejado á un niño solo sentado en una sillita, sin duda para que no se cayese; pero la criatura gritaba sin alentar. El sacerdote bajó otra vez trastornado, con la sangre helada al ver tanta desnudez y abandono.

Pero una mujer entraba en aquel momento, llevando tres patatas en el delantal, y como la interrogase, aquélla miró su sotana con aire desconfiado.

—Laveuve, Laveuve—contestó—; no lo sé; si la portera estuviese ahí, podría decirselo... Advierta usted que hay cinco escaleras no nos conocemos todos, y por otra parte, esto cambia muy á menudo... Sin embargo, vea usted allá en el fondo.

Esta escalera era más abominable que las otras, con los peldaños llenos de basura y las paredes húmedas, como empapadas en un sudor de angustia. A cada tramo percibía como un hálito cada vez más pestilente, y en cada habitación se oían quejas, disputas, que revelaban la miseria. Una puerta se abrió de pronto y apareció un hombre arrastrando una mujer por los cabellos, mientras que tres niños lloraban, y en el piso superior entrevió en un aposento una joven raquítica que tosía, paseando con violencia una criatura para hacerla callar, desesperada sin duda por no tener más leche con que alimentarla. En la habitación de al lado presencié el triste espectáculo que ofrecían tres seres, medio vestidos de harapos, sin sexo ni edad aparentes, que en medio de la desnudez absoluta de la estancia, comían ansiosamente en la misma cazuela una pasta que los perros no hubieran querido. Sin levantar apenas la cabeza, refunfuñaron y no dieron contestación alguna á las preguntas.

Pedro iba á bajar de nuevo, cuando en el último tramo, y á la entrada de un pasillo, quiso llamar á una puerta por última vez. Al punto abrió una mujer, cuyos cabellos despeinados comenzaban á ser grises ya, aunque no había de tener más de cuarenta años; sus labios descoloridos, sus ojos amortiguados, en el rostro amarillento, expresaban una fatiga extremada, como un continuo temor bajo el aguijón de la miseria. Se turbó al ver la sotana, y balbuceó vacilante:

—Entre usted, entre usted, señor abate.

Pero un hombre que Pedro no había visto al pronto, un obrero de cuarenta años poco más ó menos, alto, flaco, calvo, con las mejillas de un rojo descolorido y escaso bigote y barba, hizo un ademán violento, como una sorda amenaza de poner al sacerdote á la puerta. Sin embargo, se calmó, sentóse ante una mesa coja y aparentó volver la espalda. Había allí también una niña rubia de once á doce años, con el rostro prolongado, de dulce expresión, con ese aire inteligente, algo grave, que la gran miseria comunica á los niños, y el hombre la llamó, manteniéndola entre sus rodillas, sin duda para protegerla del contacto de la sotana.

Pedro, con el corazón oprimido por aquella acogida, comprendiendo la extremada desnudez de aquella familia por la habitación desmantelada y sin fuego, y por la tristeza

lúgubre de los tres seres que contemplaba, decidióse, no obstante, á repetir su pregunta.

—¿Conoce usted en la casa á un antiguo obrero llamado Laveuve?

La mujer, temblando ahora por haberle invitado á entrar, porque esto parecía haber desagradado á su marido, trató de arreglar las cosas tímidamente.

—Laveuve, Laveuve, no... Dí, Salvat, ¿has oído? ¿Le conoces tú?

Salvat se contentó con encogerse de hombros; pero la niña no pudo callarse.

—Escucha, mamá Teodora..... Tal vez sea el Filósofo.

—Se trata de un antiguo obrero pintor—continuó Pedro—, un anciano enfermo que no puede trabajar ya.

La madre Teodora recordó al punto de quién se hablaba.

Entonces, eso es, eso es... Nosotros le llamamos el Filósofo, apodo que le han dado en el barrio; pero en realidad se llama Laveuve.

Con uno de sus puños levantados hacia el techo, como si amenazase al cielo, Salvat parecía protestar contra la abominación de un mundo y de un Dios que dejaban morir de hambre á los trabajadores ancianos como caballos inútiles; pero no habló, y quedó otra vez silencioso, en la especie de meditación espantosa en que se hallaba sumido antes cuando el sacerdote se presentó. Era mecánico, y miraba tenazmente su saco de útiles, pequeña bolsa de cuero colocada sobre la mesa, y en la que alguna cosa hacía bulto, tal vez una pieza para componer. Debía pensar en la prolongada huelga, en sus inútiles diligencias para encontrar un trabajo cualquiera durante los dos últimos meses de terrible invierno, ó tal vez reflexionaba sobre las próximas y sangrientas represalias de los que se morían de hambre, en la meditación incendiaria que hacía brillar aquellos grandes ojos azules, singulares y de mirada vaga. De pronto echó de ver que su hija había cogido la bolsa y trataba de abrirla para mirar su contenido; estremeciése, y al fin habló, con el acento amargo, por la brusca emoción, que le hacía palidecer.

—¡Celina—dijo—, dejarás eso! Te he prohibido tocar los útiles. Y cogiendo la bolsa colocóla trás sí, apoyándola contra la pared, no sin grandes precauciones.

—¿Entonces, señora—dijo Pedro—, ese Laveuve habita en este piso? La madre Teodora consultó á Salvat con una mirada tímida. No le parecía bien desairar á los sacerdotes cuando se tomaban la molestia de venir, porque á veces se obtiene de ellos algún socorro; y cuando comprendió que Salvat, entregado de nuevo á su negra meditación, la dejaba obrar á su antojo, ofrecióle al punto sus servicios.

—Si el señor abate lo tiene á bien—dijo—, voy á guiarle. La habitación está precisamente en el fondo del corredor; pero es preciso conocer el sitio, porque aún se han de subir algunos escalones.

Celina, viendo en esto una diversión, se escapó de las rodillas de su padre para acompañar también al sacerdote; y Salvat quedó solo en la habitación de pobreza y de sufrimiento, de injusticia y de cólera, sin fuego, sin pan, acosado de su sueño ardiente, con la mirada fija de nuevo en el saco, como si estuviera con los útiles la curación del mundo.

En efecto, era preciso franquear algunos escalones, y siguiendo á la madre Teodora y á Celina, Pedro se encontró en una especie de reducido desván, bajo el tejado un camaranchón de pocos metros en cuadro, donde no era posible estar de pie. La luz penetraba por una claraboya; pero como la nieve tapaba el vidrio, era preciso dejar la puerta abierta de par en par para ver claro. Lo que entraba era el deshielo,

la nieve que se derretía, y que gota á gota se filtraba, inundando el suelo. Después de aquellas largas semanas de intenso frío, la negra humedad lo invadía todo; y allí, sin una silla, sin tener siquiera un pedazo de tabla en un ángulo del suelo desnudo, y sobre un montón de inmundos harapos, Laveuve yacía como un animal medio asfixiado entre la basura.

—¡Vea usted—dijo Celina con su dulce voz—, ese es el Filósofo!

La madre Teodora se había inclinado para ver si vivía aún.

—Sí—dijo—respira, y creo que duerme. ¡Oh! si tan sólo comiera todos los días, estaría bueno. ¿Qué quiere usted? No tiene quien le cuide, y cuando se llega á los setenta años, lo mejor sería arrojarse de cabeza al agua. En su oficio de pintor de brocha gorda, desde los cincuenta años á veces no se puede trabajar ya en las escaleras. Ese hombre encontró por lo pronto donde trabajar á pie llano, después tuvo la suerte de que le ofrecieran ocupación como guarda almacén; pero esto se acabó, porque le despidieron de todas partes, y hace ya dos meses que ha venido á caer en ese rincón para morir. El propietario no ha osado todavía ponerle en la calle, aunque no le faltan deseos de hacerlo... Nosotros le traemos á veces un poco de vino y cortezas; pero cuando uno mismo carece, ¿cómo quiere usted que dé á otro?

Aterrado Pedro, contemplaba aquel espantoso resto humano, reflexionando sobre lo que cincuenta años de trabajo, de miseria y de injusticia social habían hecho de aquel hombre. Su cabeza blanca, deprimida y deforme; la barba inculta, que comunicaba al rostro una expresión salvaje; los ojos vidriosos, y la nariz casi hundida sobre la boca, recordaban en cierto modo el aspecto de un caballo viejo con mandíbulas atravesadas por habérsele caído los dientes y que tan sólo sirve ya para el matadero.

—¡Ah! ¡pobre hombre!—murmuró el sacerdote estremeciéndose.— ¡Le dejan morir de hambre aquí solo, sin ayuda, sin que le haya recogido ningún hospicio ó asilo!

—¡Oh!—replicó la madre Teodora con su voz doliente y resignada—los hospitales son para los enfermos, y él no lo está, pues lo único que tiene es que se debilita porque sus fuerzas se han agotado. Por otra parte, no siempre se deja gobernar; últimamente vinieron aquí para llevárselo á un asilo; pero no quiere estar encerrado, y contesta groseramente á los que le interrogan, sin contar que tiene la reputación de bebedor y de hablar mal de los patronos... ¡Ah! á Dios gracias, muy pronto quedará libre de todo.

Pedro se había inclinado al ver que Laveuve abría los ojos cuanto era posible, y hablóle con ternura, diciéndole que venía de parte de un amigo para traerle algún dinero á fin de que comprara lo que más necesitase. Por lo pronto, al ver la sotana, el anciano comenzó á refunfuñar; mas á pesar de su extremada debilidad, conservaba la socarronería del obrero parisiense.

De buena gana beberé, pues, un trago—dijo—y con un pedacito de pan si se puede, porque hace ya dos días que no sé qué gusto tiene

Celina se ofreció, y la madre Teodora la envió á buscar un pan y un litro de vino con el dinero del abate Rose. Después, mientras esperaban á la niña, dijo á Pedro, como Laveuve debió entrar en el Asilo de los Inválidos del trabajo, una buena obra de damas, presididas por la baronesa Duvillard; pero que de las investigaciones reglamentarias resultó sin duda tal informe, que el asunto no pasó adelante.

—¡Yo conozco á la baronesa Duvillard, y voy á visitarla hoy!—exclamó Pedro, con el corazón ulcerado.— Es imposible dejar más tiempo á un hombre en semejante situación.

Y como Celina volviese ya con lo que había comprado, entre los tres arreglaron á Leveuve; incorporáronle en un montón de trapos, le hicieron beber y comer, y después dejaron á su lado el resto del vino y de un pan de cuatro libras, recomendándole que esperase para concluirlo si no quería ahogarse.

—El señor abate debería dejarme las señas de su domicilio para el caso de que de biera comunicarle alguna cosa—dijo la madre Teodora cuando estuvo delante de su puerta.

Pedro no tenía tarjeta, y los tres entraron de nuevo en la habitación; pero Salvat no estaba ya solo. De pie, hablaba en voz baja, rápidamente y muy de cerca, con un joven de unos veinte años, delgado, moreno, con el cabello cortado al rape y la barba naciente. Tenía ojos claros, nariz recta, labios finos, rostro pálido con algunas manchas rojizas, y frente alta, pero que expresaba viva inteligencia. Sin más abrigo que su chaqueta, muy gastada ya, tiritaba de frío.

—El señor abate quiere dejarme sus señas para el asunto del Filósofo, explicó la madre Teodora con dulzura, pero contrariada al ver allí un visitante.

Los dos hombres habían observado al sacerdote, mirándose después con aire terrible; pero ya no dijeron más palabra, sufriendo serenos el frío glacial que procedía del techo.

Con nuevas precauciones, Salvat fué á coger su saco de útiles, apoyado en la pared.

—¿Bajas tú, preguntó el otro, vas á buscar aún trabajo?

Salvat no contestó más que con un ademán de cólera, como diciendo que ya no quería más trabajo, puesto que éste no le quería á él hacía largo tiempo.

—Sin embargo, procura traer alguna cosa, dijo el visitante, pues ya sabes que no hay nada... ¿A qué hora volverás?

Con otro ademán, pareció contestar que volvería cuando pudiese; y á pesar de un esfuerzo de heroísmo algunas lágrimas asomaron á sus ojos azules, brillantes en aquel momento. Cogió á su hija Celina, abrazóla con fuerza como fuera de sí, y se fué con su saco debajo del brazo, seguido de su joven compañero.

—Celina—dijo la madre Teodora—, dale tu lápiz al señor abate. Siéntese usted ahí, añadió volviéndose hácia el sacerdote, y estará mejor para escribir.

Después, cuando Pedro se hubo instalado ante la mesa, sentándose en la silla que Salvat ocupaba antes, continuó, como para excusar á su marido de no ser muy cortés.

EMILIO ZOLA.

(Se continuará.)

SECCIÓN LIBRE

¡LA HUELGA!

A LOS TRABAJADORES

Uno de los hechos más importantes y más significativos de nuestra época, es, sin duda alguna, la participación, cada vez más activa, de la clase obrera en todos los movimientos que tienden al bienestar moral y material de los pueblos.

Las huelgas, multiplicándose continuamente, aparecen en centros hasta el día refractarios á estas contiendas, apremiando á los trabajadores á que se ocupen de cuestión tan temida, cual es *la cuestión social*.

Cada obrero procura encontrar remedios ó paliativos á sus males. Muchos no quieren salirse de los sistemas empíricos; pero todos concuerdan en que existe número de problemas económicos que reclaman solución.

Para determinar con claridad la situación de la clase obrera, es necesario conocer y comprender la naturaleza de las relaciones que existen entre el capital y el trabajo.

Dentro de estas líneas, la historia de semejantes relaciones es sencilla. En sus principios, el hombre, animal salvaje, vivió, como los animales, de raíces, de frutos y de la caza. Bajo el aguijón de la necesidad, aprendió á sacar de la materia las herramientas del trabajo, que perfeccionó constantemente. Produciendo sólo para su subsistencia, puso en reserva una parte del producto de su trabajo, que bajo el nombre de *capital*, debía servirle para perfeccionarlo más todavía. Pero sucedió que, este capital, en lugar de ser propiedad común é indivisible de todos los trabajadores, fué acaparado por los más fuertes, por los más astutos, por los más inteligentes, como acaparadas viéronse también las primeras materias, el suelo, las fuerzas naturales, y en términos generales, todos los medios de producción.

No es difícil comprender que el que posee estos medios es dueño, no solamente de la producción, si que también de las fuerzas ó de la libertad de los productores. En una palabra, cuando se posee la máquina, se posee también al obrero que la hace funcionar.

Desde el día que los medios de producir pasaron á ser propiedad de unos cuantos que nada habían producido ó que no habían producido más que los otros, la sociedad se dividió en dos clases. La explotación del hombre por el hombre se convirtió en ley social y todas las instituciones que se establecieron para proteger la sociedad terminaron por consolidarse en un estado de cosas basado en la injusticia.

Las revoluciones y las protestas del derecho natural contra el social no han cambiado más que de nombre: el esclavo pasó á ser siervo, el siervo á asalariado. El cambio aún es desventajoso para el obrero, porque el esclavo pertenecía á su dueño, y éste ponía todo su interés en tratarle convenientemente, porque representaba un capital, una riqueza. Hoy el trabajador no tiene asegurada la existencia, porque el patrono nada pierde con que se le muera un operario. En realidad, la situación del asalariado moderno, es igual á la del esclavo ó siervo de los tiempos pasados.

La forma y el nombre han cambiado; pero el hecho es el mismo. También el edificio social ha variado de nombre multitud de veces; pero resulta ser siempre lo mismo, puesto que, á pesar del progreso y de las reformas políticas, la explotación del hombre por el hombre ha ido subsistiendo y subsiste todavía. Prueba irrefutable de que cuando un edificio descansa sobre una falsa base, no basta restaurar la coronilla; es menester hacerlo nuevo. Esto es lo que han olvidado todas las revoluciones pasadas.

Poco después de la revolución del 89 y durante la revolución misma, se empezó á estudiar y á descubrir las verdaderas causas del malestar económico, y poco á poco las masas populares han ido amparándose en las ideas nuevas, hasta gritar: el trabajo quiere romper sus cadenas.

Arguyen algunos que ya no existen esclavos y que el asalariado es tan libre como el capitalismo. Véamoslo. La posesión del capital es un privilegio; el trabajo humano, —á menos de empezar de nuevo esta lucha larga y penosa que sostuvo y sostiene la

materia—para ser fecundado, tiene necesidad del capital, es decir, del trabajo de ayer, deduciéndose lógicamente que aquel que no tiene más que el trabajo, es esclavo del que posee capital. Las constituciones políticas que pretenden garantizar la libertad individual, son impotentes contra este hecho económico. Aquel que nada tiene, vese obligado á vender su fuerza-trabajo al que posee el medio de hacerlo multiplicar. Por lo tanto, cuando el capital quede convertido en propiedad común de todos los trabajadores, y no en un privilegio personal, entonces la libertad será un hecho positivo.

Se nos objetará que el obrero ofreciendo su trabajo puede negociar el precio, y rehusarlo si no le conviene el que se le proponga.

Candidez. Dificilmente se puede pasar más de un día sin comer. El obrero sólo gana para el día y luchará con el hambre durante veinticuatro horas para después aceptar forzosamente lo que antes había rehusado.

Al contrario, el burgués puede pasar semanas y meses antes que la falta de obreros le reduzcan á la quiebra y de la quiebra al hambre. Sin esta *ligera* diferencia el obrero y el patrón son *iguales* ante la famosa ley de la oferta y de la demanda.

De la posición que ocupan el trabajo y el capital, resulta, pues, que los detentadores de los capitales se han constituido en prestamistas ó explotándolo por sí mismos, reclaman, por los servicios que sus capitales prestan á la producción general, una renta que les permita acumular en su provecho las riquezas que se deben á los esfuerzos combinados del trabajo y del capital, y vivir con ociosidad más ó menos completa, cosa contraria al principio de justicia económica. Puesto que cada individuo consume, cada individuo debe también producir.

Además, los trabajadores, después de haber producido estos capitales, deben pagar el interés, la renta, de suerte que ellos apenas perciben una parte del fruto de su trabajo que se llama salario, destinándose el resto bajo el nombre de beneficios, dividendos, intereses, etc., á engrosar el bolsillo de los que le hacen trabajar.

Veamos ahora qué es lo que determina la parte concerniente al trabajo, al obrero, al asalariado, y la concerniente al capitalista, al empresario, al patrón.

Los capitalistas responden: Es la ley de la oferta y la demanda, contra la cual es inútil rebelarse; el hecho es naturalísimo.

Aceptamos la respuesta con la siguiente consideración: Los capitalistas tienen en sus manos el poder social, y dueños del poder hacen la ley de la oferta y la demanda, de modo que los trabajadores necesariamente hayan de sufrir la ley del más fuerte; en definitiva, el capital fija el precio del trabajo, determina los salarios.

Tal es la situación impuesta á la clase obrera. El trabajo es esclavo del capital.

Si viviéramos bajo un sistema cualquiera de equilibrio económico, es decir, si por medio de una organización del trabajo fuese posible establecer una estadística del curso de las diferentes industrias, de la oferta y la demanda, el estado próspero de una industria no ocasionaría jamás ningún peligro para su porvenir ni para aquellos que de ella viven. Así, todos estarían al corriente de la necesidad del consumo, del número de brazos empleados en la producción y sabrían dónde es más ventajoso emplear su actividad; hoy cada capitalista confía encontrar su provecho en la superabundancia de brazos. Los fabricantes calculan que ocupando mayor número de obreros, y, por consiguiente, dando al mercado mayores productos aumentarán la cifra de sus beneficios; en efecto, esto ocurre durante un período de tiempo; pero los productos se acumulan pronto y los fabricantes imponen las condiciones que les place. Los traba-

jadores por su parte, atraídos hacia cierta industria por los buenos salarios que proporciona, se arrojan á ella creyendo mejorar de posición. Mas la abundancia de brazos les obliga inmediatamente á calmar sus exigencias; los salarios bajan, y una parte de aquellos obreros se ve obligada á buscar trabajo en otras regiones, donde la vida parece más fácil, perdiendo éstas á su vez la prosperidad de que gozaban.

Una industria produce únicamente por y para la especulación, inundando el mercado, como se supone, de productos inferiores; surge entonces una crisis política ó económica, ó sencillamente especulativa, hasta llegar á producir en poco tiempo la más afrentosa miseria.

Muy pocas son las industrias que no hayan conocido estos períodos de florecimiento y de decadencia. Es la característica de nuestro régimen capitalista.

Mientras no resulte asegurado el equilibrio entre la producción y el consumo, una industria no puede funcionar con regularidad, y cabe predecir lo que sucederá continuamente.

Las especulaciones financieras y mercantiles provocan en nuestros días exceso de trabajo; mañana el capricho de un especulador podrá detener este período y provocar una crisis industrial.

En este caso, no les queda á los obreros más recurso que oponerse á los cálculos de los especuladores.

Esto es lo que sucede desde largo tiempo en los países donde las industrias están mejor desarrolladas, donde las relaciones entre el capital y el trabajo, entre los patronos y los obreros están más enconadas. En estos países, los obreros han opuesto á la guerra económica promovida por los burgueses, la defensa enérgica de su derecho á la existencia.

La huelga, este fruto, no como han dado en decir los economistas burgueses, del capricho de los obreros ó de las provocaciones de mandarines, sino de un estado de cosas basado en el antagonismo de fuerzas económicas, obliga á menudo á los patronos á contar con los obreros. No obstante, luchas estériles hicieron comprender á los obreros que cuando obtenían algunas mejoras, se las arrebatában al instante, faltos de defensa.

Obedece esto á que el capital, al mismo tiempo que guerrea continuamente contra el trabajo á fin de conseguir todo lo que pueda, lucha entre sí en los mercados. En nuestra sociedad individualista absoluta, el capital tiende á reconcentrarse en escaso número de manos, absorbiendo el gran capital al pequeño, concurrencia que en definitiva hace que el trabajo tenga que pagarlo todo.

Las declamaciones contra la huelga, *esta llaga social que desmoraliza al obrero, violenta las relaciones entre los patronos y los obreros, etc.*, de los doctrinarios y economistas burgueses, es una jeremiada hipócrita. No debemos aquí refutar la sarta de disparates sentimentales de gentes interesadas en conservar el orden actual; lo que debemos hacer nosotros, los obreros, es examinar si realmente la huelga es la consecuencia del estado de guerra económico en el cual vivimos, y, en fin, si ella puede reportar un cambio en nuestra posición.

Admítase que todo patrón tiene el derecho de rehusar á un obrero que no le produzca bastantes beneficios; con una frase se le concede al burgués el derecho de huelga frente á frente del obrero, y de hecho lo ejerce ampliamente; pero por una contradicción flagrante, observamos que este derecho tan sencillo que se otorga al patrón, se le niega al obrero. Un obrero que no acepte el trabajo porque las condiciones no le

convienen, es un holgazán, un grosero, un cualquier cosa; si se declara en huelga, un revolucionario, un anarquista.

Y, sin embargo, en realidad, como hemos dicho antes, la huelga no es más que la consecuencia del estado económico en el cual vivimos.

Del antagonismo existente entre el capital y el trabajo, resulta forzosamente que procuran ambos cada uno de su lado, obtener la mayor suma de producción; el capital, bajo forma de aumento de precio, el trabajo bajo forma de salario; de ahí la guerra continua, inevitable.

Es la huelga, pues, un estado de guerra en la que influyen el capital y el trabajo. Cuando estos dos elementos vivan unidos, cuando el trabajo de ayer, en lugar de formar el capital, vuelva á constituir trabajo, es decir, cuando el capital cese de aprovecharse de una parte, sea cual fuere, del trabajo de hoy, entonces la huelga desaparecerá de la sociedad, como desaparecerá la guerra política por la federación de los pueblos libres de tiranos y explotadores. Hasta entonces debemos considerar que la huelga es una protesta del trabajador contra el burgués.

¿Quiere esto decir que la huelga parcial pueda reportar algún beneficio, alguna mejora á la clase obrera? Esto no nos lo imaginamos, sabiendo que los patronos, en un momento favorable, pueden arrebatar de los obreros lo que antes puedan haberles concedido. La historia de las más importantes huelgas puede demostrarlo.

Además, sabemos muy bien que si los salarios se elevaban en todas las industrias, en todas las ramas de la actividad humana, los obreros deberían reintegrar, desembolsar al capitalista por medio del consumo lo que habían obtenido por la elevación de los salarios.

Cuando los obreros se declaran en huelga, impulsados por la miseria, no calculan todas las probabilidades del porvenir; agítanse únicamente por las *necesidades* inmediatas. Si la huelga triunfa, produce un momentáneo bienestar; es su objeto, su único objeto, no nos hagamos ilusiones. Si la huelga fracasa, hay pérdida por ambas partes. Sin embargo, la huelga promueve un estado de rebeldía. Como en todos los movimientos populares, el obrero adquiere firme conciencia del papel de máquina que desempeña en provecho del capitalista. La huelga puede ser la chispa que anuncia la revolución. Si todas las revoluciones que han tenido lugar en el pasado no han sido más que revoluciones políticas, la que se prepara deberá ser ante todo una revolución económica, llamada á transformar el sistema de producción y de cambio. Bajo esta condición será provechosa á los obreros. También estamos seguros de que para ser fecunda la próxima revolución, deberá iniciarse, no en un movimiento político, sino en uno puramente económico, en una *huelga general*.

Esto es lo que nos proponemos estudiar más adelante.

PABLO DELESALLE.

(Traducción de L. Bonafulla.)

BOSQUETOS

FETICHISMO

«Hijos, guardaos de los ídolos.»
S. Juan.—Ep. Universal.

Mientras adore la grey civilizada como adoran las razas incultas, mientras imperen los ídolos, no han de admirarnos las decepciones ni extrañarnos la posibilidad, y aun la frecuencia de la farsa.

La mente arrebatada crea dioses y más dioses, ídolos y más ídolos; parecemos condenados á la adoración, ó mejor dicho, al servilismo. «De cierto que no cambiaría yo mi desgracia por tu servil oficio»—le dice Prometeo encadenado á Hermes.

Para mejor iniciarles en los conceptos de la religión cristiana, hubo que instaurar para los gentiles convertidos las imágenes, los altares, transigir con sus resabios de idolatría. Esto fué en el siglo VIII. En el siglo XIX, en sus postrimerías, quedan aún resabios de esos... ó peores. Una imagen al fin no es una personalidad, se puede honrarla con el fervor, y este tampoco es el ciego entusiasmo, la torpe veneración del usual fetichismo. Hay quien por un hombre desafía la muerte, sin ser capaz de hacer lo propio por una idea. ¡Siempre lo personal en augel... Esa adoración, ese culto al fetiche, cierto que no nace del alma, sino de los nervios, no del sentimiento ni del raciocinio, sino de la *neurosis*; pero impresiona, mueve, impulsa un oleaje que á veces acaba en temporal deshecho. ¿Que la idea se encarna en el Verbo? No hay *Verbo* posible después de Cristo. Jugar con eso de los Verbos es lo mismo que jugar con la morfina; se corre peligro de atosigamiento.

En el éter flota lo sagrado; los destellos de la mente forman en el espacio focos de luz, ¡admirable y eterna luz!... Al contemplar el fulgor del cénit no hacemos más que ver la maravillosa condensación de chispas del pensamiento que, á modo de moléculas unidas, constituyen el gran principio divino; semejante resplandor es un conjunto enorme de ideas. Para alcanzar á ver éstas, existen dos potencias visuales: la retina y el entendimiento. Tocante á resplandores, el ciego no *percibe*, y, sin embargo, *concibe*. De la imaginación á la atmósfera, y de ésta á la imaginación en perdurable vuelta. He ahí el infinito.

Lo corpóreo, lo material, en cambio, ¡qué deleznable! Mas no importa; para el vulgo todo está aquí en el suelo. Los idólatras sólo poseen una facultad visiva: los ojos; no ven *para adentro*. Por esto es que andan las locas multitudes tras del fetiche sugestionadas, llegando al delirio á veces. Entusiasmo, sacudida, nervios, un culto inculto.

¿Busca ídolos lo insensato? Ahí están Calígula, haciendo pontífice á un caballo, y Nerón, que hizo un dios de un mono. Todo son ídolos para el imbécil; un mono ó un farsante, ¿qué más da?

Acabad, necios fetichistas; ¡no os prestéis tan fácilmente á esa especie de hipnotismo absurdo! Si hincáis la rodilla ante un hombre, ¿qué haréis ante la cruz del Calvario? Si el endiosado ser, tal vez el falso apóstol os deslumbra, pensad más y mirad menos. Ese resplandor que acaso notéis que le circunda, es un fuego fatuo que al intentar el examen va á desvanecerse; cuando consigue deslumbraros, os embrutece. Os labráis el tirano sin presumirlo, os hacéis esclavos sin parecéroslo.

Prive siempre el respeto; pero cuidado con el culto. El ídolo fenece, el fetiche que os inspira arrobamiento es arcilla vil; si está á mucha altura, muchísimo más lo está Dios, á quien no ve sino el espíritu. Y tampoco le comprenden los idólatras, los gentiles de hoy, los imbéciles y fanáticos de siempre.

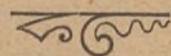
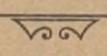
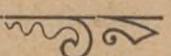
SEBASTIÁN GOMILA.







TRIBUNA DEL OBRERO

PROSTITUCION DE LA MUJER

La prostitución moderna, una de las plagas sociales que más zahiere á la humanidad, dejará de existir cuando desaparezca la sociedad capitalista.

Diferentes escritores burgueses nos la muestran ya en los tiempos primitivos, cuando aún se hallaban confundidos los sexos y se entregaban á los goces de la sensualidad únicamente guiados por el instinto, ó cuando la mujer, más débil por naturaleza que el hombre, no le era fácil procurarse lo necesario para subsistir, y se asociaba á aquél para que compartiera con ella los alimentos de caza y pesca que proporcionaba.

Por eso el origen exacto de la prostitución es difícil de precisar, pues aunque también la ven á principios de la era antigua y fundados en pasajes de la *Sagrada Escritura*, aportan infinidad de datos y refieren multitud de hechos, aun admitiendo éstos como reales, se ve y se comprende que no son más que costumbres adquiridas ó importadas, como las llevadas por los hebreos originarios en la Caldea, de ceder al extranjero, á quien daban hospitalidad, la propia esposa; ésta, fiel á los hábitos adquiridos, se mostraba dócil al sacrificio de su pudor. O usos religiosos como los babilonios, que imponían á sus mujeres el deber de ir al templo de Venus á entregarse á los extranjeros, que arrojando una cantidad de dinero á la que le agradase, invocaba á la diosa Milita; aquélla «tenía que seguirla sumisa y sin mostrar desagrado» (histórico).

El *Génesis* y la *Biblia* abundan en pasajes y casos de tal naturaleza, que si bien concuerdan con el ambiente en que crecían los pueblos de entonces, nos enseñan lo poco escrupulosos que eran y la poca moralidad que desperdiciaban los contemporáneos del buen Noé y del patriarca Abraham.

* * *

Ya en tiempos de la antigua Grecia la prostitución fué tolerada, reglamentándose y dejándola crecer bajo la forma de la legalidad. Las costumbres de antes cayeron en descuido, y fueron desapareciendo merced al grado de civilización á que se había llegado; el culto á la mujer fué divinizado, y por consecuencia, prevaleció la fe conyugal y el respeto á la familia. Esta fué protegida por la legislación, y como le convenía reunir y alejar de ella las que ejercían de prostitutas, el Estado se encargó de hacerlo. Sabía perfectamente que con la prostitución sagrada se enriquecían los templos, y la convirtió en utilitaria, fundando establecimientos oficiales, que surtió de esclavas, á las que explotó sin piedad, viendo acrecentar su tesoro con los productos de un comercio tan cruel como degradante. Esto nos demuestra que ya desde una época muy antigua la mujer, ó fué explotada por el legislador, ó se vió precisada á vender sus caricias.

Según el erudito Dufour existían diferentes clases de prostitutas que, dadas sus diversas costumbres, se subdividían luego en otras muchas. Las principales dignas

de mencio
ban de
sido la q
encantos
y sus av
rodeadas
rancia en
das al pi
Fuer
sofia, á
Sócrates
mente f

En l
ardiente
za de vo
goces m

Las
caban u
tan vil
netraba

Vué
en los
carnal m

Se d
y religio
que la l
para bu
rentas c
por lo t
hetairis
menso

Con
se encu
lla entr
dre Ma
de ellor
das pas
tando c
tades,
fuerza,

Tal
pernici
ciendo

de mención, eran las *hetarias*, que al contrario de las reunidas en casas públicas, gozaban de una vida independiente; eran el verdadero tipo de la cortesana, y parece haber sido la que á través del tiempo perpetuó el carácter de la prostituta; traficaba con sus encantos y se entregaba al que le pagaba y fuese de su agrado, pues tenía sus gustos y sus aversiones, en uso de su libre albedrío. Usaban un lujo desmesurado; andaban rodeadas de esclavos, cargadas de alhajas y envueltas en diáfanas gasas; esta exuberancia era efímera, pues al poco tiempo se las veía cubiertas de andrajos y desgreñadas al pie de los dólmenes de sus dioses ó errantes entre los solitarios bosques.

Fueron de vasta ilustración muchas de ellas, alcanzando renombre algunas en filosofía, á la que principalmente se dedicaban. Perteneían entre otras, á las escuelas de Sócrates, Diógenes y Epicuro, y seguían sus teorías del amor espiritual, el groseramente físico y el voluptuoso.

*
* *

En Roma tomó el libertinaje mayores proporciones. Más robustos y de sangre más ardiente los romanos, no buscaban en la prostituta la cortesana ilustrada, la delicadeza de voluptuosidad, sino la mujer lujuriosa, ferviente, para entregarse de lleno á los goces materiales.

Las mujeres públicas, que, según los historiadores, eran abundantísimas, se dedicaban únicamente al tráfico bestial de su cuerpo, desde la niña que se le enseñaba tan vil profesión ó la ramera que vagaba por los cementerios, hasta la meretriz que penetraba en los palacios.

Vuélvase la vista á la Historia y se verán sus príncipes y emperadores envueltos en los más repugnantes vicios; hastiados de la mujer, fomentan entre sí el comercio carnal más ignominioso.

Se dice que la prostitución existía y tomaba incremento á causa de la poca virtud y religiosidad de las mujeres, y vemos que un acto de religión parece haber sido el que la ha engendrado, y que la naciente ha sido impuesta por las clases superiores para buscar en ella goces que no encontraba en la familia, ó para apropiarse de las rentas que producía. Además, la mayoría de las que la ejercían eran esclavas, sujetas por lo tanto á sufrir la suerte de su destino; si alguna hubiese que encontrara en el hetairismo una satisfacción á sus deseos, sería anulada por la generalidad, por el inmenso número de las que venden para vivir sus encantos naturales.

*
* *

Como en la antigüedad, sigue en la Edad Media, siempre creciente, en donde ya se encuentra organizada oficialmente. Bajo el manto de la religión se aviva y desarrolla entre los mismos que la sostienen y toma tal incremento que obliga á decir al padre Mariana «que los eclesiásticos, dados á la gula y á la deshonestidad, se apoderaba de ellos la ignorancia». El feudalismo nos presentó también una época de desenfrenadas pasiones. El señor, con los derechos sobre sus vasallos, mantuvo al hombre vegetando en una atmósfera viciada por las pasiones, oprimido y despreciado de las libertades, y á la mujer, esclava siempre, teniendo que entregarse bajo el imperio de la fuerza, ó influida por el medio económico, venderse para vivir.

Tal modo de enseñar la moral y practicar la virtud por los que gobernaban ejerció perniciosa influencia en el pueblo. El vicio fué grande y la corrupción mayor, apareciendo la prostitución, de esta época acá, muy nebulosa en la Historia.

*
* *

Como todas las cosas sujetas á la inexorable ley de la evolución, ha sufrido grandes mudanzas, pasando por diversas fases, y como los medios de producción y todos los adelantos de la industria y del comercio, ha ido reformándose progresivamente hasta su completa transformación conforme á las modernas necesidades.

La prostitución contemporánea, más encubierta y ejercida de muy distinto modo que la antigua, es más abominable y víctima de una insidiosa explotación. Las reclutadoras de muchachas no vacilan en penetrar donde saben que la familia abunda, que escasea el trabajo; saben el resultado de estos males y á dónde conducen á la mujer, que duda, se detiene, pero el hambre la empuja y... cae necesariamente.

Explotada en el taller, en la fábrica, ejecutando un trabajo excesivo y contrayendo mortales enfermedades en su organismo mal repuesto; peor retribuídas con un salario que apenas llega á cubrir las más apremiantes necesidades de una miserable vida, es arrojada, como compensación, en uno de los frecuentes paros con que nos brinda la burguesía, á la prostitución, en el lupanar inmundo ó en mitad del arroyo.

¿Y qué extraño tiene que la ejerza, si en medio de la miseria no halla otro modo de proporcionarse alimentos? ¿No representa un heroico sacrificio? ¡Cuántas cavilaciones y qué luchas interiores antes de ceder!

Suele llamárseles viciosas ó perezosas, y su vida nos muestra la realidad. Bajo un ficticio bienestar de lujo y comodidades se ocultan las más asquerosas enfermedades; todo el día está dispuesta á afrontar el instinto bestial de todo el que se presenta; los golpes y malos tratos que suelen acompañar á la embriaguez y la odiosa esclavitud de quien las explota.

Si se les asegurase medios de subsistencia abandonarían todas llenas de júbilo su forzosa profesión y cultivarían con el compañero que se les uniese el amor honesto, del que no pierden todo indicio aun después de haber caído accidental ó irremediablemente.

Abolido el Estado y despojada la sociedad del amo común que subyuga á la humanidad, el capital será enteramente libre, tanto en el sentido moral como en el terreno económico; asegurados sus medios de vida y desultrajada la dignidad femenina, está destinada á fines más santos, más bellos, cual le corresponde, é idealizando su ser hasta en el amor será libre.

Apreciada por sus condiciones físico-morales y no por sus riquezas, libre la sociedad de las trabas de hoy, no habrá contratos familiares de intereses y la mujer dejará de ser entregada como objeto de lujo acaso á quien detesta, pero que hace lucida oferta.

Unida al hombre por la atracción de los sexos, por el amor puro y desinteresado, redimida de su pesada esclavitud, verá deslizarse los días en la dicha de una vida satisfecha con la gratitud á la sociedad nueva que la emancipa y la liberta del odioso tráfico de la carne.

Debe trabajar por su asociación y luchar al lado del hombre por su emancipación. Llevará en la frente el estigma del desprecio, pero lleva también el anatema contra la sociedad que así la trata y que es su misma condenación, y en el corazón una esperanza en el porvenir, un bello ideal.

J. S. PRÓL.

Santiago.

MADRID.—Imprenta de Antonio Marzo, Pozas, 12.